

C. H. Mackintosh

CONVERSIÓN:
¿QUÉ ES?

WWW.VERDADESPRECIOSAS.ORG

INDICE

Artículo 1	
Conversión Genuina.....	5
Artículo 2	
Si No Os Convertís.....	15
Artículo 3	
¿Qué es la Conversión?.....	25
Artículo 4	
La Verdadera Naturaleza De La Conversión.....	35
Artículo 5	
"Os Convertisteis... A DIOS"	46
Artículo 6	
¡Oh, que los hombres piensen en esto a tiempo!.....	57
Artículo 7	
Somos llamados "A Servir"	69
Artículo 8	
Esperando la venida del Señor.....	80

1

CONVERSIÓN GENUINA

El primer capítulo de la Primera Epístola a los Tesalonicenses presenta una descripción sorprendente y hermosa de lo que nosotros podemos llamar una conversión genuina. Nos proponemos estudiar la descripción en compañía del lector. Si no nos equivocamos, hallaremos este estudio interesante y provechoso de inmediato. Ello proporcionará, muy ciertamente, una respuesta, distintiva y clara, al asunto que indica el encabezado de este artículo, a saber, ¿Qué es la Conversión?

Tampoco es este, de ninguna forma, un asunto pequeño. Es bueno en días como estos, tener una respuesta divina a una pregunta semejante. Nosotros

oímos bastante, en estos días, acerca de casos de conversión; y bendeciríamos a Dios de corazón por cada alma verdaderamente convertida a Él.

No necesitamos decir que creemos en la necesidad absoluta, indispensable, universal, de conversión divina. Sea el hombre lo que sea; sea él Judío, o Griego, bárbaro, Escita, esclavo o libre, Protestante o Católico Romano; en resumen, cualquiera que sea su nacionalidad, su posición eclesiástica, o su credo teológico, él se debe convertir, o de lo contrario él está en el camino ancho y directo a un infierno eterno.

Nadie ha nacido siendo un Cristiano, en el sentido divino de esa palabra. Tampoco nadie puede ser educado para entrar al Cristianismo. Es un error fatal, un engaño mortal, un embuste del archienemigo de las almas, que alguno piense que puede ser un Cristiano, ya sea por nacimiento o por educación, o que puede ser hecho un Cristiano por el bautismo en agua, o por cualquier ceremonia religiosa de cualquier clase. Un hombre llega a ser un Cristiano solamente siendo convertido divinamente. Qué es esta conversión, lo veremos en el curso de nuestro presente estudio. Sobre lo que quisiéramos insistir, en el comienzo mismo, y llamar fervientemente la atención de todos aquellos que puedan estar interesados, es sobre la necesidad urgente y absoluta, en todos los casos, de una verdadera conversión a Dios.

Esto no se puede desechar. Es el colmo de la locura que alguno trate de ignorar esto o de no tomarlo en serio. Para un ser inmortal - uno que tiene una eternidad infinita extendiéndose delante de él - descuidar la solemne cuestión de su conversión, es la más desenfrenada fatuidad de la que alguien posiblemente puede ser culpable. En comparación con este asunto del mayor peso, todas las demás cosas menguan hasta hacerse totalmente insignificantes. Los varios objetos que comprometen los pensamientos y absorben las energías de los hombres y las mujeres en la atareada escena a nuestro alrededor, no son más que polvo menudo que sobra en comparación con este gran, trascendental asunto de la conversión del alma a Dios. Todas las especulaciones de la vida comercial, todos los esquemas para hacer dinero, la absorbente cuestión de la inversión rentable, todo lo que persigue aquel que anda a la caza del placer - el teatro, el concierto, la sala de baile, el salón de billar, la mesa para el juego de cartas, el cubilete de dados, el hipódromo, el coto de caza, la taberna - todas las cosas innumerables e inexpresables que el pobre corazón insatisfecho anhela, y a las que se aferra - todas ellas son nada y se asemejan a la bruma de la mañana, a la espuma sobre el agua, al humo que sale del extremo de la chimenea, a la hoja marchita de otoño - todas estas cosas se desvanecen, y dejan un doloroso vacío tras ellas. El corazón permanece insatisfecho, el alma sin ser salva, debido a que no hay conversión.

¿Y qué, entonces? ¡Ah!, sí: ¿qué, entonces? ¡Tremenda pregunta! ¿Qué queda al final de toda esta escena de excitación comercial, disputa política y ambición, de hacer dinero y de andar a la caza de placeres? Bueno, ¡entonces el hombre tiene que afrontar la muerte! "Está establecido que los hombres mueran una sola vez." (Hebreos 9:27 - RVA). No hay forma de pasar por alto esto. No hay forma de obtener licencia en esta guerra. Toda la riqueza del universo no podría comprar una suspensión temporal de manos del cruel enemigo. Toda la destreza médica con que la tierra cuenta, todo el cariñoso interés de afectuosos parientes y amigos, todas sus lágrimas, todos sus suspiros, todas sus súplicas no pueden impedir el temido momento, o hacer que el rey de los terrores envaine su terrible espada. La muerte no puede ser evitada por ninguna estratagema del hombre. El momento debe llegar cuando el vínculo que conecta el corazón con todas las escenas bellas y fascinantes de la vida humana se ha de quebrar. Amigos afectuosamente amados, encantadoras ocupaciones, objetos deseados, a todo se ha de renunciar. Mil mundos no podrían evitar el golpe. Se debe mirar a la muerte cara a cara. Es un misterio terrible - un hecho tremendo - una dura realidad. Se yergue delante de todo hombre, mujer y niño inconversos bajo el dosel del cielo; y es meramente una cuestión de tiempo, horas, días, meses, o años, cuando se deba cruzar la línea del límite que separa el tiempo, con todas sus búsquedas vacías, vanas, insubstanciales, de la eternidad con todas sus estupendas realidades.

¿Y qué, entonces? Dejemos que la Escritura responda. Nada más puede hacerlo. Los hombres responderían de buena gana conforme a sus propias nociones vanas. Ellos querrían que nosotros creyésemos que después de la muerte viene la aniquilación. "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos." (1 Corintios 15:32). ¡Vacía presunción! ¡Vano engaño! ¡Necio sueño de la imaginación humana cegada por el dios de este mundo! ¿Cómo puede un alma inmortal ser aniquilada? El hombre, en el jardín del Edén, se convirtió en el poseedor de un espíritu que nunca muere. "Jehová Dios. . .sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser (un alma) viviente." (Génesis 2:7) - no un ser (un alma) moribunda. El alma debe vivir para siempre. Convertida o inconversa, ella tiene la eternidad ante sí. ¡Oh! ¡el peso abrumador de esta consideración para cada espíritu meditativo! Ninguna mente humana puede asir su inmensidad. Está más allá de nuestra comprensión, pero no más allá de nuestra creencia.

Escuchemos la voz de Dios. ¿Qué enseña la Escritura? Una línea de la Santa Escritura es completamente suficiente para eliminar diez mil argumentos y teorías de la mente humana. ¿La muerte aniquila? ¡No! "Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio." (Hebreos 9:27).

Recuerden estas palabras, "después de esto el juicio." Y esto se aplica solamente a quienes mueren en sus pecados - solamente a los incrédulos. Para el Cristiano, el juicio pasó para siempre, como la Escritura enseña en múltiples lugares. Es importante notar esto, debido a que los hombres nos dicen que, por cuanto hay vida eterna solamente en Cristo, por consiguiente todos los que no están en Cristo serán aniquilados.

La Palabra de Dios no lo dice así. Hay juicio después de la muerte. y, ¿cuál será el tema del juicio? Nuevamente la Escritura habla en lenguaje tan claro como solemne e impresionante. "Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que estaban en él, y la Muerte y el Hades entregaron a los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados, cada uno según sus obras. Y la Muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda: el lago de fuego. Y el que no se encontraba inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego." (Apocalipsis 20).

Todo esto es tan claro como las palabras pueden expresar. No existe el más insignificante terreno para la

objeción y la dificultad. Para todos aquellos cuyos nombres están en el libro de la vida, no hay juicio en absoluto. Aquellos cuyos nombres no están en ese libro serán juzgados conforme a sus obras. ¿Y qué, entonces? ¿Aniquilación? ¡No!, sino "el lago de fuego"; y eso para siempre jamás.

¡Cuán sobrecogedor es pensar en esto! Ciertamente debería despertar cada alma a la consideración seria del gran tema que ahora está ante nosotros, a saber, la urgente necesidad de conversión a Dios. Esta es la única vía de escape. Una persona inconversa, cualquiera o quienquiera que sea, tiene la muerte, el juicio, y el lago de fuego delante de ella, y cada latido de su pulso le acerca más y más a esas horribles realidades. No es más seguro que el sol se levante, en un cierto momento, mañana por la mañana, que el lector deba, antes que pase mucho tiempo, pasar a la eternidad; y si su nombre no está en el libro de la vida - si no es convertido - si no es de Cristo, él será, ciertamente, juzgado conforme a sus obras, y la consecuencia cierta de aquel juicio será el lago que arde con fuego y azufre, y eso a través de tiempos interminables de una eternidad oscura y tenebrosa. ¡Oh! ¡la terrible monotonía del infierno!

El lector puede maravillarse quizás por extendernos tan largamente sobre este terrible tema. Puede sentirse dispuesto a preguntar, «¿Convertirá esto a

las personas?» Respondemos: si esto no las convierte, las puede conducir a ver su necesidad de conversión. Puede conducir las a ver su inminente peligro. Puede inducir las a escapar de la ira venidera. ¿Por qué el bendito apóstol disertó ante Félix sobre el asunto del "juicio venidero"? Ciertamente para que pudiese persuadirle a volverse de sus malos caminos y su mala vida. ¿Por qué nuestro bendito Señor insistió tan constantemente sobre Sus oídos acerca de la realidad solemne de la eternidad? ¿Por qué Él habló tan a menudo del gusano que no muere y del fuego que no puede ser apagado? Ciertamente fue con el propósito de despertarles para que tuviesen conciencia de su peligro, para que ellos pudiesen huir en busca de refugio para asirse (echar mano) de la esperanza puesta ante ellos. ("tengamos un poderoso consuelo los que hemos huído para refugiarnos en él echando mano de la esperanza puesta delante de nosotros." Hebreos 6:18 - VM).

¿Somos nosotros más sabios que Él? ¿Somos más tiernos? ¿Hemos descubierto algún modo mejor para convertir personas? ¿Hemos de tener temor de insistir a nuestros lectores u oídos acerca del mismo tema solemne sobre el que nuestro Señor insistió sobre los hombres de Su tiempo? ¿Tenemos que evitar ofender oídos amables mediante la llana declaración de que todos los que mueren inconversos deben inevitablemente estar de pie ante el gran trono blanco, y pasar al lago de fuego? ¡Dios no lo permita! Exhortamos solemnemente al lector

inconverso en este nuestro artículo de apertura para el año 1878, para que fije su atención a la cuestión importantísima de la salvación de su alma. Que ni las preocupaciones, ni los placeres, y tampoco los deberes lo mantengan ocupado de tal manera que oculte de su vista la magnitud y la profunda seriedad de este asunto. "Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su alma? Porque, ¿qué dará el hombre en rescate por su alma?" (Marcos 8: 36, 37 - RVA).

¡Oh! lector, si no eres salvo, si no te has convertido, permítenos rogarte fervientemente que ponderes estas cosas. Si Dios lo permite, esperamos, en un artículo futuro, exponer qué es la conversión - cómo es llevada a cabo, y qué involucra. Pero, por ahora, parece que estamos constreñidos en forma de un deber solemne, a procurar despertarte a un sentido de tu necesidad de ser convertido a Dios y salvo. Esta es la única manera de entrar a Su reino. Así nos dice claramente nuestro Señor Cristo; y esto te confiamos ahora, por lo menos, que ni una jota ni una tilde de Sus dichos santos podrán jamás pasar. El cielo y la tierra pasarán; pero Su palabra no puede pasar nunca. Todo el poder de la tierra y del infierno, hombres y diablos, no pueden anular las palabras de nuestro Señor Jesucristo. Una de las dos cosas son para ti - conversión aquí, o condenación eterna de aquí en adelante.

Esta es la situación si nosotros hemos de guiarnos por la Palabra de Dios; y, en vista de esto, ¿es posible que nosotros seamos demasiado fervientes, demasiado vehementes, demasiado inoportunos insistiendo ante toda alma inconversa con la cual podemos ponernos en contacto, ya sea por medio de nuestra voz o de nuestra pluma, acerca de la necesidad indispensable, en este mismo momento, de huir de la ira venidera, huyendo hacia aquel bendito Salvador quien murió en la cruz para nuestra salvación; quien está con los brazos abiertos para recibir a todos aquel que viene; y quien anuncia Su propia dulce y preciosa gracia, "Al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera."? (Juan 6:37 - RVR77).

2

SI NO OS CONVERTÍS

En nuestro primer artículo nosotros procuramos presentar la absoluta necesidad, en todos los casos, de conversión. La Escritura establece este punto de un modo tal como para no dejar ningún terreno posible de objeción para cualquiera que se incline a su santa autoridad. "En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." (Mateo 18:3 - LBLA).

Esto se aplica, en toda su fuerza moral y su profunda solemnidad, a todo hijo e hija del caído Adán. No existe algo similar a una solitaria excepción, en todos los miles de millones que pueblan este globo. Sin conversión, no hay - no puede haber, entrada al reino de Dios. Toda

alma inconversa está fuera del reino de Dios. No importa, en el más mínimo grado, quién soy yo, o qué soy yo; si yo no estoy convertido, estoy en «el reino de las tinieblas», bajo el poder de Satanás, en mis pecados, y camino al infierno.

Yo puedo ser una persona de una ética irreprochable; de una reputación sin mancha; un elevado profesante de la religión; un trabajador en la viña; un maestro de Escuela Dominical; puedo ostentar un cargo en alguna rama de la iglesia profesante; puedo ser un ministro ordenado; un diácono, anciano, pastor u obispo; un individuo muy caritativo; un munificente donante a instituciones religiosas y de beneficencia; respetado, buscado, muy demandado, y reverenciado por todos debido a mi valor personal e influencia moral. Yo puedo ser todo esto y más; puedo ser, y puedo tener, todo lo que es posible que un ser humano sea o tenga, y con todo, no ser convertido, y por ello estar fuera del reino de Dios, y en el reino de Satanás, en mi culpabilidad, y en el camino ancho que conduce directamente hacia abajo, al lago que arde con fuego y azufre.

Tal es el significado llano y obvio, y la fuerza, de las palabras de nuestro Señor en Mateo 18:3. No hay posibilidad de evadirlo. Las palabras son tan claras como un rayo de sol. No podemos pasarlas por alto. Ellas abruman, con lo que podemos verdaderamente llamar solemnidad, a toda alma inconversa en la faz de la tierra.

"Si no os convertís . . . , no entraréis en el reino de los cielos." Esto se aplica, con igual fuerza, al degradado borracho que rueda a lo largo de la calle, peor que una bestia, y al buen temperante o abstemio inconverso que se enorgullece de su sobriedad, y que se está jactando perpetuamente del número de días, semanas, o años durante los cuales él se ha abstenido de toda bebida embriagadora. Ambos están igualmente fuera del reino de Dios; ambos en sus pecados; ambos están de camino a la destrucción eterna.

Es verdad que uno de ellos ha sido convertido de la embriaguez a la sobriedad - una bendición muy grande efectivamente, bajo un punto de vista moral y social - pero la conversión de la embriaguez a una sociedad de abstinencia no es conversión a Dios; no es volverse de las tinieblas a la luz; no es entrar en el reino del amado Hijo de Dios. Hay simplemente esta diferencia entre las dos: que el abstemio puede estar edificando sobre su temperancia, vanagloriándose de su moralidad, y engañándose así él mismo en la vana noción de que él está bien, mientras que en realidad, él está totalmente mal. El borracho está palpable e inequívocamente mal. Todos saben que un bebedor está yendo precipitadamente, y con pasos pasmosamente rápidos, a aquel lugar donde no encontrará ni una gota de agua para refrescar su lengua. Está claro que ningún borracho puede heredar el reino de Dios (1 Corintios 6:10); y tampoco lo puede heredar un abstemio inconverso. Ambos están fuera. La conversión a

Dios es absolutamente indispensable tanto para el uno como para el otro; y lo mismo se puede decir de todas las clases sociales, de todas las categorías, de todos los matices de pensamiento, de todas las castas y condiciones de los hombres bajo el sol. No hay diferencia en cuanto a esta gran cuestión. Ello es válido para todos por igual, cualquiera que sea su carácter externo o su condición social - ""Si no os convertís . . . , no entraréis en el reino de los cielos."

Cuán importante es, entonces - sí, cuán trascendental es la pregunta para cada uno, «¿Soy yo convertido?» No es posible para el lenguaje humano presentar la magnitud y solemnidad de esta interrogante. Que alguno piense continuar, de día en día, y de año en año, sin un claro y acabado arreglo de esta pregunta de tan gran peso, sólo puede ser considerado como la locura más atroz de la que un ser humano puede ser culpable. Si un hombre tuviera que dejar sus asuntos terrenales en una condición incierta, pendiente, él se expondría a ser acusado de la negligencia más culpable y descuidada. Pero, ¿qué son los asuntos más urgentes y de peso cuando son comparados con la salvación del alma? Todas las preocupaciones del momento no son sino como el tamo de las eras del verano, cuando se comparan con los intereses del alma inmortal - las grandes realidades de la eternidad.

Por ello es, en el mayor de los grados, irracional que alguien permanezca por una sola hora sin una clara y zanjada seguridad de que es verdaderamente convertido a Dios. Un alma convertida ha cruzado el límite que separa el que es salvo del que no es salvo - los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas - la iglesia de Dios de este presente siglo malo. El alma convertida tiene la muerte y el juicio detrás de ella, y la gloria delante de ella. Está tan segura de estar en el cielo como si ya estuviese allí; de hecho ya está allí en espíritu. Tiene un título sin mancha, y una perspectiva sin una nube. Conoce a Cristo como su Salvador y Señor; a Dios como Su Padre y Amigo; al Espíritu Santo como su bendito Consolador, Guía y Maestro; conoce el cielo como su resplandeciente y feliz hogar. ¡Oh! la inefable bendición de ser convertido. ¿Quién puede expresarlo? "COSAS QUE OJO NO VIO, NI OIDO OYO, NI HAN ENTRADO AL CORAZON DEL HOMBRE, son LAS COSAS QUE DIOS HA PREPARADO PARA LOS QUE LE AMAN. Pero Dios nos las reveló [a los creyentes] por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios." (1 Corintios 2: 9, 10 - LBLA).

Y ahora indaguemos qué es la conversión, de la que nosotros hablamos. Bueno será para nosotros, de hecho, que seamos divinamente enseñados en cuanto a esto. Un error aquí demostrará ser desastroso en proporción a los intereses que están en juego.

Muchas son las nociones equivocadas referidas a la conversión. Verdaderamente podríamos concluir, del hecho mismo de la inmensa importancia del tema, que el gran enemigo de nuestras almas y del Cristo de Dios procurará, en todos las maneras posibles, sumergirnos en el error con respecto a ello. Si él no puede tener éxito en mantener a las personas en una indiferencia con una risa disimulada en cuanto al tema de la conversión, él se esforzará en cegar sus ojos en cuanto a su verdadera naturaleza. Si, por ejemplo, una persona ha sido despertada, por alguno u otro medio, para tomar conciencia de la completa vanidad y de la falta de satisfacción de los entretenimientos mundanos, y de la urgente necesidad de un cambio de vida, el archi-engañoso procurará persuadir a tal persona a hacerse religiosa, para que se ocupe de ordenanzas, ritos y ceremonias, para que abandone bailes y fiestas, teatros y conciertos, la bebida, las apuestas, la caza y las carreras de caballos; en una palabra, que abandone toda clase de alegre diversión y entretenimiento, y que se comprometa en lo que es llamado 'una vida religiosa', ser diligente prestando atención a las ordenanzas públicas de la religión, leer la Biblia, decir oraciones, y dar limosnas, contribuir al apoyo de las grandes instituciones religiosas y de beneficencia del país.

Ahora bien, esto no es conversión. Una persona puede hacer todo esto, y con todo, ser totalmente inconversa. Un religioso devoto cuya vida es gastada en

vigilias, ayunos, oraciones, auto-mortificaciones y actos de misericordia, puede ser tan completamente inconversa, estar tan lejos del reino de Dios como el incauto cazador de placeres, que gasta su vida completa en la prosecución de objetos tan inservibles como la hoja marchita o la mustia flor. Los dos caracteres, sin duda, se diferencian ampliamente - tan ampliamente, quizás, como dos cosas se pueden diferenciar. Pero ambos son inconversos, ambos están fuera del bendito círculo de la salvación de Dios, ambos en sus pecados. Es verdad, uno está empeñado en "malas obras", y el otro en "obras muertas"; ambos están fuera de Cristo; no son salvos; están en camino a la miseria sin esperanza e interminable. El uno, tan ciertamente como el otro, si no son convertidos en forma salvadora, hallarán su porción en el lago que arde con fuego y azufre. De nuevo, la conversión no es que uno se cambie de un sistema religioso a otro. Un hombre puede volverse del Judaísmo, Paganismo, de la religión Musulmana, o Catolicismo, al Protestantismo, y sin embargo, ser totalmente inconverso. Sin duda, mirado desde un punto de vista social, moral, o intelectual, es mucho mejor ser un Protestante que un Musulmán; pero con respecto a nuestra presente tesis, ambos están en una plataforma común, ambos son inconversos. De uno, tan verdaderamente como del otro, se puede decir que, a menos que sea convertido, no puede entrar en el reino de Dios. La conversión no es unirse a un sistema religioso, por muy puro que sea ese sistema, por muy sano, por muy ortodoxo. Un hombre puede ser un miembro del cuerpo

religioso más respetable que pueda existir a todo lo largo y ancho de la Cristiandad, y sin embargo ser un hombre inconverso, no salvo, en su camino a la eterna perdición.

Así también en cuanto a los credos religiosos. Un hombre puede suscribir cualquiera de las grandes normas de la creencia religiosa, los Treinta y Tres Artículos, la Confesión de Westminster, los Sermones de John Wesley, Fox y Barclay, o cualquier otro credo, y con todo, ser totalmente inconverso, muerto en delitos y pecados, siguiendo su camino a aquel lugar donde ni un solo rayo de esperanza puede irrumpir en la horrible oscuridad de la eternidad.

¿De qué le sirve, podemos lícitamente preguntar, un sistema religioso o un credo teológico a un hombre que no tiene ni una sola chispa de vida divina? Los sistemas y los credos no pueden dar vida, no pueden salvar, no pueden dar vida eterna. Un hombre puede trabajar en su maquinaria religiosa como un caballo en un molino, dando vueltas y vueltas, de un fin de año a otro, partiendo justo del lugar donde antes había comenzado, en una deprimente monotonía de obras muertas. ¿Qué valor tiene todo esto? ¿Qué resulta de todo esto? ¡Muerte! Sí; y entonces, ¿qué? ¡Ah! esa es la pregunta. ¡Quisiera Dios que el peso y la seriedad de esta pregunta fuese más plenamente comprendida!

Pero además, el mismo Cristianismo, plenamente circundado de toda su luz, puede ser adoptado como un

sistema de creencia religiosa. Una persona puede estar intelectualmente encantada - casi extasiada con las gloriosas doctrinas de la gracia, un evangelio pleno, libre, la salvación sin obras, la justificación por fe; en resumen, todo lo que hace a nuestro glorioso Cristianismo Neo-Testamentario. Una persona puede profesar creer y deleitarse en esto; incluso puede llegar a ser un poderoso escritor en defensa de la doctrina cristiana, un ferviente predicador elocuente del evangelio. Todo esto puede ser verdad, y con todo, el hombre puede estar completamente inconverso, muerto en delitos y pecados, endurecido, engañado y destruido por su misma familiaridad con las preciosas verdades del evangelio - verdades que nunca han ido más allá de la región de su entendimiento - que nunca alcanzaron su conciencia, nunca tocaron su corazón, nunca convirtieron su alma.

Esto es acerca del caso que causa más consternación de todos. Nada puede ser más horroroso, más terrible, que el caso de un hombre que profesa creer y se deleita, sí, efectivamente, predicando el evangelio, en toda su plenitud, y enseñando las grandes verdades características del Cristianismo, y no obstante ser completamente inconverso, no salvo, y en su camino a una eternidad de miseria inefable - miseria que necesariamente es intensificada hasta el grado máximo, por el recuerdo del hecho que una vez él profesó creer, y realmente emprendió la predicación de las más gloriosas nuevas que alguna vez cayeron en oídos mortales.

¡Oh! lector, quienquiera que tú seas, te rogamos, pon tu atención fija en estas cosas. No descanses, ni por una hora, hasta que estés seguro de tu genuina, inequívoca, conversión a Dios.

3

¿QUÉ ES LA CONVERSIÓN?

Habiendo visto hasta ahora la absoluta necesidad, en todos los casos, de conversión, y habiendo, en alguna medida, procurado señalar lo que no es la conversión, tenemos que indagar ahora, qué es. Y aquí tenemos que mantenernos junto a la enseñanza verdadera de la Santa Escritura. No podemos aceptar nada menos, nada diferente. Se ha de temer grandemente que mucho de lo que pasa en estos días por conversión, no es conversión en absoluto. Hay muchos casos de conversión, así llamados, que son publicados y se habla de ellos, los cuales no pueden resistir la prueba de la Palabra de Dios. Muchos profesan ser convertidos, y se les acredita como tales, los cuales demuestran ser meramente oidores pedregosos. (Mateo 13:5). No existe

la profundidad de una obra espiritual en el corazón, ninguna acción real de la verdad de Dios sobre la conciencia, ningún rompimiento completo con el mundo. Puede ser que los sentimientos sean muy conmovidos por influencia humana, y que ciertos sentimientos evangélicos tomen posesión de la mente; pero el yo no es juzgado; existe un apego a la tierra y a la naturaleza; una falta de esa seriedad profundamente templada y de una realidad genuina que caracterizan tan notablemente las conversiones registradas en el Nuevo Testamento, y por las que podemos siempre contemplar donde la obra de conversión es divina.

No intentamos aquí dar razón de todos estos casos superficiales; meramente nos referimos a ellos para que todos los que están involucrados en la bendita obra de evangelización puedan ser conducidos a considerar el asunto en la luz de la Santa Escritura, y ver en qué medida su manera de trabajar puede requerir una santa corrección. Puede ser que haya mucho del elemento meramente humano en nuestra labor. No dejamos actuar al Espíritu Santo. Carecemos de una fe profunda en el poder y la eficacia de la propia sencilla Palabra de Dios. Puede haber mucho esfuerzo para influir en los sentimientos, demasiado de lo emocional y de lo sensacional. Quizás, también, en nuestro deseo de alcanzar resultados - un deseo que puede ser suficientemente correcto en sí mismo - estamos demasiado dispuestos a dar crédito y a anunciar, como

casos de conversión, muchos que, ¡es lamentable! son meramente efímeros.

Todo esto exige nuestra seria consideración. Es de la más indispensable importancia que permitamos al Espíritu de Dios obrar y exhibir - como muy ciertamente Él lo hará - el fruto de Su obra. Todo lo que Él hace es hecho bien, y hablará por sí mismo a su debido tiempo. No hay necesidad que nosotros divulguemos por doquier nuestros casos de conversión. Todo lo que es divinamente real resplandecerá para alabanza de Aquel a quien toda alabanza es debida; y entonces el obrero tendrá su profundo y santo gozo. Verá los resultados de Su obra, y pensará en ellos con pleitesía y adoración a los pies de su Maestro - el único lugar seguro y verdaderamente feliz donde pensar en ellos.

¿Disminuirá esto nuestra diligencia? Muy por el contrario; ello intensificará inmensamente nuestra diligencia. Seremos más diligentes rogando a Dios, en secreto, y rogando a nuestros semejantes en público. Sentiremos más profundamente la divina seriedad de la obra, y nuestra total insuficiencia. Abrigaremos siempre la sana convicción que la obra debe ser de Dios de principio a fin. Esto nos mantendrá en nuestro lugar correcto, a saber, el bendito lugar de la dependencia de Dios una vez que nos hemos despojado del yo, quien es el Hacedor de todas las obras que son hechas en la tierra. Estaremos más sobre nuestros rostros delante del

propiciatorio, tanto en privado como en la asamblea, con referencia a la obra gloriosa de la conversión; y entonces, cuando las doradas gavillas y los racimos maduros aparezcan, cuando genuinos casos de conversión acontezcan - casos que hablen por sí mismos, y lleven sus propias cartas credenciales con ellos a todos los que son capaces de juzgar - entonces verdaderamente nuestros corazones se llenarán de alabanza al Dios de toda gracia que ha engrandecido el nombre de Su Hijo Jesucristo en la salvación de almas preciosas.

¡Cuán mejor es esto que tener nuestros pobres corazones envanecidos con soberbia y auto-complacencia considerando nuestros casos de conversión! ¡Cuán mucho mejor, más seguro y más feliz, es estar inclinados en adoración delante del trono, que tener nuestros nombres pregonados hasta los confines de la tierra como grandes predicadores y maravillosos evangelistas! No hay comparación, a juicio de una persona verdaderamente espiritual. Se comprenderá la dignidad, la realidad, y la seriedad de la obra; florecerán la felicidad, la seguridad moral, y la real utilidad del obrero; y la gloria de Dios será asegurada y mantenida.

Veamos de qué manera todo esto es ilustrado en 1 Tesalonicenses 1: "PABLO, y Silvano, y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses, que es en Dios el Padre, y en el Señor Jesucristo. Gracia a vosotros, y paz de Dios Padre nuestro, y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a

Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones: Sin cesar acordándonos de vuestra obra de fé, y trabajo de amor, y paciencia de esperanza" - los grandes elementos del verdadero Cristianismo - "en el Señor nuestro Jesucristo, delante del Dios y Padre nuestro: Sabiendo (o, conociendo), hermanos, amados de Dios, vuestra elección." (1 Tesalonicenses 1: 1 - 4 - RVR1865). ¿Cómo sabía, o conocía, él la elección de ellos? Por la clara e incuestionable evidencia dada en la vida práctica de ellos - la única forma en que la elección de alguien puede ser conocida. "pues nuestro evangelio no vino a vosotros solamente en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo y con plena convicción; como sabéis qué clase de personas demostramos ser entre vosotros por amor a vosotros." (1 Tesalonicenses 1:5 - LBLA).

El bendito apóstol era, en su vida diaria, el exponente del evangelio que él predicaba. Él vivía el evangelio. No demandó ni exigió nada de ellos. No fue una carga para ellos. Él les predicó el precioso evangelio de Dios dadivosamente; y para que él pudiese hacerlo, el llevó a cabo esto con trabajos y fatigas, de noche y de día (1 Tesalonicenses 2:9). Él fue como una amorosa, tierna nodriza, entrando y saliendo entre ellos. No había en él ninguna palabra altisonante sobre él mismo, o su cargo, o su autoridad, o sus dones, o su predicación, o sus hechos maravillosos en otros lugares. Él era el obrero amoroso, humilde, modesto, honesto, consagrado, cuya obra

hablaba por sí misma, y cuya vida entera, su espíritu, estilo, conducta, y costumbres, estaban en amorosa armonía con su predicación.

¡Cuán necesario es, para todos los obreros, ponderar estas cosas! Podemos estar seguros que mucha de la superficialidad de nuestra obra es el fruto de la superficialidad del obrero. ¿Dónde está el poder? ¿Dónde está la demostración del Espíritu? ¿Dónde está la "plena convicción"? ¿Acaso no existe una terrible falta de estas cosas en nuestra predicación? Puede haber una amplia cantidad de palabras fluidas; una gran cantidad de la así llamada 'habilidad'; y mucho de lo que puede deleitar el oído actúa en la imaginación, despertando un interés temporal, y ministra a la mera curiosidad. Pero, ¡oh! ¿dónde está la santa unción, el vivir honestamente, la seriedad profunda? Y luego lo que expone la vida diaria y las costumbres - ¿dónde está esto? Que el Señor reavive Su obra en los corazones de Sus obreros, y entonces nosotros podremos buscar más resultados de la obra.

¿Intentamos nosotros enseñar que la obra de conversión depende del obrero? ¡Que esté lejos la monstruosa noción! La obra depende total y absolutamente del poder del Espíritu Santo, tal como el mismo capítulo que ahora está abierto ante nosotros demuestra más allá de toda consideración (1 Tesalonicenses 1). Siempre debe permanecer cierto, en cada esfera y cada etapa de la obra, que no es "con

ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. " (Zacarías 4:6).

Pero, ¿qué clase de vasos (utensilios) utiliza comúnmente el Espíritu? ¿No es esta una pregunta de peso para nosotros los obreros? ¿Qué clase de vasos (utensilios) son útiles para el Señor? Vasos vacíos - vasos limpios. ¿Somos nosotros vasos semejantes? ¿Nos hemos vaciado de nosotros mismos? ¿Nos hemos curado de nuestra deplorable costumbre de ocuparnos de nosotros mismos? ¿Estamos nosotros limpios? ¿Tenemos manos limpias? ¿Son nuestras asociaciones, nuestros caminos, nuestras circunstancias, limpias? Si la respuesta es no, ¿cómo puede el Maestro usarnos en Su servicio santo? ¿Que podamos tener toda la gracia para sopesar estos interrogantes en la presencia divina! ¡Pueda el Señor despertarnos a todos, y hacernos más y más, vasos tales que Él pueda utilizar para Su gloria!

Proseguiremos, ahora, con nuestra cita de la Palabra. Todo el pasaje está lleno de poder. El carácter del obrero, por un lado, y la obra, por el otro lado, requiere nuestra más seria atención.

"Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones. De esta manera os habéis convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en

Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por todas partes, de manera que nada nos queda por decir. Ellos mismos cuentan de nosotros cuál fue nuestra entrada a vosotros." (1 Tesalonicenses 1: 6-9, B)).

Esta era una obra real. Llevaba sus propias credenciales con ella. No había nada vago o insatisfactorio acerca de ella - ninguna ocasión para alguna reserva o para formar o expresar un juicio respecto a ella. Era clara, distintiva, e inequívoca. Llevaba estampada la mano del Maestro, y llevaba convicción a toda mente capaz de sopesar la evidencia. La obra de conversión fue llevada a cabo, y los frutos de la conversión siguieron en deliciosa profusión. El testimonio salió por todas partes, de modo que el obrero no tuvo ocasión para que él contase y publicase el número de conversiones en Tesalónica. Todo era divinamente real. Era una completa obra del Espíritu de Dios con referencia a la cual no podía haber ninguna equivocación posible, y sobre la cual era superfluo hablar.

El apóstol simplemente había predicado la Palabra en el poder del Espíritu Santo, con plena convicción. No hubo nada vago, nada dudoso acerca de su testimonio. Él predicó como uno que creía plenamente y que había entrado completamente en aquello de lo cual estaba predicando. No era la mera expresión de ciertas verdades conocidas y reconocidas - no era la declaración cortante y seca de ciertos dogmas estériles. No; se trataba del desbordamiento viviente del glorioso evangelio de Dios,

viniedo de un corazón que sentía profundamente cada expresión, y cayendo en corazones preparados por el Espíritu de Dios para su recepción.

Tal fue la obra en Tesalónica - una obra profunda, sólida, bendita, completamente divina - toda ella sana y real, el fruto genuino del Espíritu de Dios. No se trató de una mera excitación religiosa, de nada sensacional, nada de presiones elevadas, ningún intento de despertar un avivamiento. Todo fue hermosamente tranquilo. El obrero, como se nos dice en Hechos 17, llegó "a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y de acuerdo con su costumbre, Pablo entró a reunirse con ellos, y por tres sábados [tres días de reposo] discutió con ellos basándose en las Escrituras." (Hechos 17: 1, 2 - RVA) - ¡Preciosa, poderosa discusión! ¡quisiera Dios que nosotros tuviéramos más de ello en medio nuestro! - "explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos. Él decía: "Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo."" (Hechos 17:3 - RVA).

Cuán sencillo, ¡predicar a Jesús basándose en las Escrituras! Si, aquí estriba el gran secreto de la predicación de Pablo. Él predicaba a una Persona viva, en poder vivo, sobre la autoridad de una Palabra viva, y esta predicación fue recibida con una fe viva, y produjo fruto vivo, en las vidas de los convertidos. Esta es la clase de predicación que queremos. No es entregar sermones, no

es hablar de religión, sino que es la poderosa predicación de Cristo por el Espíritu Santo hablando a través de hombres que tienen completamente inculcado lo que ellos están predicando. ¡Que Dios nos conceda más de esto!

4

LA VERDADERA NATURALEZA DE LA CONVERSIÓN

Los dos últimos versículos de nuestro capítulo (1 Tesalonicenses 1) exigen nuestra muy especial atención. Ellos proporcionan una notable declaración de la verdadera naturaleza de la conversión. Ellos muestran, muy distintivamente, la profundidad, claridad, plenitud, y realidad de la obra del Espíritu de Dios en aquellos Tesalonicenses convertidos. No había equivocación al respecto. Llevaba sus propias credenciales con ella. No era una obra incierta. No requería un examen cuidadoso antes que pudiese ser acreditada. Se trataba de una obra de Dios manifiesta,

inequívoca, cuyos frutos eran evidentes para todos. "Porque ellos cuentan de nosotros cuál entrada tuvimos á vosotros; y cómo os convertisteis de los ídolos á Dios, para servir al Dios vivo y verdadero. Y esperar á su Hijo de los cielos, al cual resucitó de los muertos; á Jesús, el cual nos libró de la ira que ha de venir." (1 Tesalonicenses 1: 9, 10 - RVR1909).

Aquí, entonces, tenemos una clara definición de la conversión - breve, pero completa. Se trata de un convertirse de, y un volverse a. Ellos se convirtieron de los ídolos. Hubo un completo rompimiento con el pasado, una actitud de dar la espalda, de una vez y para siempre, a su vida y costumbres anteriores; una renunciación completa a todos esos objetos que habían gobernado sus corazones y regido sus energías. Esos queridos Tesalonicenses fueron conducidos a juzgar, a la luz de la verdad divina, su curso previo completo, y no sólo a juzgarlo, sino a abandonarlo abiertamente. No fue un trabajo a medias. No hubo nada vago o inequívoco acerca de él. Fue una época marcada en la historia de ellos - un gran momento crucial en la carrera moral y práctica de ellos. No se trató de un mero cambio de opinión, o de la recepción de una nueva colección de principios, una cierta alteración en sus opiniones intelectuales. Fue mucho más que cualquiera o todas estas cosas. Se trató del solemne descubrimiento de que toda su pasada carrera había sido una gran, oscura, monstruosa mentira. Fue la real convicción de corazón de esto. La luz divina se había

abierto paso en sus almas, y en el poder de esa luz ellos se juzgaron a ellos mismos y la totalidad de su historia previa. Hubo una renunciación a fondo de ese mundo que había gobernado hasta aquí los afectos de sus corazones; ni una pizca de él debía ser exceptuada.

Podemos preguntar, ¿y qué produjo este cambio maravilloso? Simplemente la Palabra de Dios convenció a sus almas en el gran poder del Espíritu Santo. Hemos hecho referencia al relato inspirado de la visita del apóstol a Tesalónica. Se nos dice que él "discutió con ellos basándose en las Escrituras." (Hechos 17:2 - RVA). Él procuró traer sus almas al contacto directo con la Palabra de Dios viva y eterna. Él no trajo una mera influencia humana para imponerla sobre ellos. No hubo ningún esfuerzo para actuar sobre sus sentimientos e imaginación. El bendito obrero juzgaba que todas estas cosas eran absolutamente sin valor. No tenía confianza de ninguna clase en ellas. Su confianza estaba en la Palabra y en el Espíritu de Dios. Él asegura justamente esto a los Tesalonicenses de la manera más conmovedora, en el capítulo 2 de su epístola. " Por lo cual", él dice, "también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes." (1 Tesalonicenses 2:13).

Esto es lo que podemos llamar un punto cardinal y vital. La Palabra de Dios, y sólo eso, en la poderosa mano del Espíritu Santo, produjo estos grandes resultados en el caso de los Tesalonicenses, quienes llenaron el corazón del amado apóstol con sincera acción de gracias a Dios. Él se regocijó que ellos no estuviesen unidos a él, sino al propio Dios vivo, por medio de Su Palabra. Este es un vínculo imperecedero. Es tan permanente como la Palabra que lo forma. La palabra del hombre es tan perecedera como él mismo; mas la Palabra del Señor permanece para siempre. El apóstol, como un obrero verdadero, comprendió y sintió todo esto, y de ahí su santo celo, en todo su ministerio, para que las almas a las que él les predicaba no se apoyasen en él, de ninguna manera, en lugar de apoyarse en Aquel de quien él era mensajero y ministro.

Oigan lo que él dice a los Corintios: "Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios." 1 Corintios 2: 1-5.

Aquí tenemos verdadero ministerio - "el testimonio de Dios," y la "demostración del Espíritu" - la Palabra y el Espíritu Santo. Toda mera influencia humana, poder humano, y los resultados producidos por la sabiduría o la energía humanas, son perfectamente inservibles. - sí, positivamente dañinos. El obrero se envanece cuando se hace ostentación y se habla de los aparentes resultados de su obra, y las pobres almas sobre las que actúa esta falsa influencia son engañadas, y conducidas a una posición y profesión absolutamente falsas. En una palabra, la cosa completa es algo desastroso en extremo.

No es así cuando la Palabra de Dios, en su gran poder moral, y la energía del Espíritu Santo, son traídas para tener que ver con el corazón y la conciencia. Es entonces cuando vemos resultados divinos, como en el caso de los Tesalonicenses. Entonces, efectivamente, se hace evidente, más allá de todo cuestionamiento, quien es el obrero. No es Pablo, o Apolos, o Cefas, sino el propio Dios, cuya obra se acredita a sí misma, y permanecerá para siempre; ¡Toda adoración sea dada a Su Nombre santo! El apóstol no tenía necesidad de contar y publicar los resultados de su obra en Tesalónica, o más bien la obra de Dios por medio de él. Ella hablaba por sí misma. Era profunda, minuciosa, y genuina. Llevaba, con inequívoca nitidez, el sello de Dios sobre ella, y esto era absolutamente suficiente para Pablo; y es absolutamente suficiente para todo obrero sincero de corazón, y

despojado de sí mismo. Pablo predicaba la Palabra, y esa Palabra convenció, en la energía vivificante del Espíritu Santo, los corazones de los Tesalonicenses. Cayó en buen terreno, echó raíz, y produjo fruto en abundancia.

Y señalemos el fruto. "Os convertisteis de los ídolos." Tenemos aquí, en una palabra, la vida completa de todo inconverso, hombre, mujer, o niño, sobre la faz de la tierra. Todo está envuelto y presentado a nuestra vista en la expresión única, "ídolos." No es de ninguna manera necesario inclinarse ante un linaje o una piedra para ser un ídolatra. Cualquier cosa que domina el corazón es un ídolo, la rendición del corazón a esa cosa es idolatría, y el que lo rinde de ese modo es un ídolatra. Tal es la verdad clara, solemne, en este asunto, por muy desagradable que ella pueda ser para el orgulloso corazón humano. Tomen ese pecado grande, quejumbroso, universal, de la "avaricia" (o, "codicia"). ¿Cómo la llama el apóstol inspirado? Él la llama "idolatría" (Colosenses 3:5 - RVR60; traducida "codicia" en la BJ - N. del T.). ¿Cuántos corazones son dominados por el dinero! ¿Cuántos adoradores se inclinan delante del ídolo del oro! ¿Qué es la avaricia? Es, o el deseo de obtener más, o el amor a lo que tenemos. Tenemos ambas formas en el Nuevo Testamento. El idioma Griego tiene una palabra para representar ambas. Pero, sea el deseo de poseer, o el deseo de acumular, en ambos casos se trata de idolatría.

Y con todo, las dos cosas pueden ser muy diferentes en su desarrollo exterior. El primero, es decir, el deseo de obtener más, puede ser hallado a menudo en conexión con una disposición favorable para gastar; lo último, por el contrario, está vinculado generalmente con un intenso espíritu de acumulación. Hay, por ejemplo, un hombre de gran capacidad comercial - un completo genio comercial - en cuyas manos todo parece prosperar. Él tiene un entusiasmo real por los negocios, una sed inextinguible por hacer dinero. Su único objetivo es obtener más, añadir miles a los miles, fortalecer su base comercial, y ampliar su esfera. Él vive, prospera, y se deleita, en la atmósfera del comercio. Él comenzó en su carrera con unos pocos centavos en su bolsillo, y se ha elevado a la orgullosa posición de un príncipe comerciante. Él no es un tacaño. Él está tan dispuesto para malgastar como para obtener. Él viaja suntuosamente, agasaja con una hospitalidad espléndida, da con gran generosidad a múltiples objetivos públicos. Él es tenido en estima y respetado por todas las clases sociales.

Pero él ama obtener más. Él es un hombre codicioso - un idólatra. Es verdad, él desprecia al pobre tacaño que pasa sus noches sobre sus bolsas de dinero, 'manteniendo una extraña comunión con su oro'; deleitando su corazón y proveyendo un banquete para sus ojos con la vista misma del fascinante polvo dorado; negándose a él mismo y a su familia las provisiones necesarias de la vida; andando en harapos y miseria,

antes que gastar siquiera un centavo del precioso tesoro escondido; que ama el dinero, no por lo que él puede obtener o dar, sino simplemente por lo que el dinero es; que ama acumular, no para poder gastar, sino para poder atesorar; cuyo único deseo rector es morir merecedor de tan miserable polvo - ¡deseo extraño, desdeñable!

Ahora bien, estas dos personas son aparentemente muy distintas, pero ellas se encuentran en un punto; ellas se ubican en una plataforma común; ambas son codiciosas (avaras), ambos son idólatras.* Esto puede parecer áspero y severo, pero es la verdad de Dios, y nosotros debemos inclinarnos delante de su autoridad santa.

{* Las dos palabras Griegas a las que hemos aludido en el texto son, pleonexia - el deseo de obtener más, y, philarguria - el amor al dinero. Ahora bien, es la primera de ellas la que aparece en Colosenses 3:5 - "avaricia, que es idolatría"; y allí está colocada en la terrible categoría con algunos de los pecados más viles que manchan las páginas de la historia humana.}

Es verdad que, aparentemente, nada es más difícil que hacer ver claramente a la conciencia que el pecado de avaricia (o, de codicia) - ese mismo pecado que el Espíritu Santo declara que es idolatría. Miles de personas pueden verlo en el caso del pobre tacaño degradado, quienes, no obstante, se sentirían asombrados por su aplicación a un príncipe de los negocios. Una cosa es verlo en los demás, y absolutamente otra es juzgarlo en nosotros. El hecho es,

que nada más que la luz de la Palabra de Dios resplandeciendo en el alma, y penetrando cada recoveco de nuestro ser moral, puede capacitarnos para detectar el pecado odioso de la avaricia (o, codicia). La búsqueda de ganancia - el deseo de tener más - el espíritu comercial - la habilidad para hacer dinero - el 'fac rem' (N. del T.: Expresión latina que significa 'haz la cosa') - el deseo de medrar - todo esto "que los hombres tienen por sublime" (Lucas 16:15), hace que muy pocos, comparativamente, estén preparados para ver que positivamente "delante de Dios es abominación." (Lucas 16:15 - RVR60). El corazón natural está formado por los pensamientos de los hombres. Este corazón ama, idolatra, y adora los objetos que halla en este mundo; y cada corazón tiene su propio ídolo. Uno adora el oro, otro adora el placer, otro adora el poder. Todo hombre no convertido es un ídólatra; e incluso hombres convertidos no están fuera del alcance de las influencias idolátricas, como es evidente a partir de la nota de advertencia planteada por el venerable apóstol, "Hijitos, guardaos de los ídolos." (1 Juan 5:21).

Lector, ¿permitirás que nosotros pongamos a tu consideración una pregunta clara, directa, antes que sigamos adelante? ¿Eres tú convertido? ¿Profesas tú serlo? ¿Tomas tú el terreno de ser un Cristiano? Si es así, ¿abandonaste los ídolos? ¿Has roto realmente con el mundo, y con tu antiguo yo? ¿Ha entrado la Palabra viva de Dios en tu corazón, y te ha conducido a juzgar la totalidad de tu vida pasada, haya sido ella una vida de

diversión y de irreflexiva extravagancia, una vida de laborioso enriquecimiento, una vida de vicio y maldad abominables, o una vida de mera rutina religiosa - una religión sin Cristo, sin fe, sin valor?

Di, estimado amigo, ¿cómo es? Se completamente serio. Ten por seguro que hay una demanda urgente por una seriedad a fondo en este asunto. No podemos ocultarte el hecho de que estamos dolorosamente conscientes de la triste falta de minuciosa decisión entre nosotros. No hemos, con suficiente énfasis o claridad, abandonado los ídolos (o, convertido de los ídolos). Las viejas costumbres son retenidas; antiguas pasiones y objetivos gobiernan el corazón. El temperamento, el estilo, el espíritu, y la conducta, no indican conversión. Somos, tristemente, muy parecidos a lo que éramos antiguamente - muy parecidos a la gente abierta y confesadamente mundana a nuestro alrededor.

Todo esto es realmente terrible. Tememos que es un triste impedimento para el progreso del evangelio y para la salvación de almas. El testimonio cae impotente en los oídos de aquellos a quienes hablamos, porque parece que nosotros mismos no creemos aquello de lo cual estamos hablando. El apóstol no podría decirnos, como dijo a sus amados Tesalonicenses convertidos, "Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada" (1 Tesalonicenses 1:8). Hay una falta de

profundidad, de poder, y de marcación en nuestra conversión. El cambio no es suficientemente evidente. Incluso donde hay una obra, hay una timidez, una debilidad, y una vaguedad acerca de ella verdaderamente deplorable y descorazonadora.

Pero hablaremos más de esto en nuestra siguiente entrega, si el Señor así lo quiere.

5

"OS CONVERTISTEIS... A DIOS"

Somos llamados ahora a considerar lo que podríamos denominar el lado positivo del gran asunto de la conversión. Nosotros hemos visto que es un volverse (convertirse) de los ídolos - un volverse (convertirse) de todos esos objetos que gobernaban nuestros corazones y comprometían nuestros afectos - las vanidades y las necesidades, las pasiones y los placeres, que conformaban el todo de nuestra existencia en los días de nuestra oscuridad y ceguera. Es, como leemos en Hechos 26:18, un volverse (convertirse) de las tinieblas, y del poder de Satanás; y, como leemos en Gálatas 1:4, un

volverse (convertirse) del presente siglo malo ("de la presente época malvada" - RVA).

Pero la conversión es mucho más que todo esto. No sería, en un sentido, más que una pobre cosa, si fuera meramente un volverse 'del pecado, el mundo, y Satanás.' Sin duda, es una misericordia de proporciones el ser liberado, de una vez y para siempre, de toda la desdicha y de la degradación moral de nuestra vida anterior; de la terrible servidumbre del dios y príncipe de este mundo; de toda la falsedad y vanidad de un mundo que yace en los brazos del maligno; y del amor y práctica del pecado - los viles afectos que una vez gobernaban sobre nosotros. Nosotros nunca podemos estar demasiado agradecidos por todo lo que se incluye en este aspecto del asunto.

Pero, repetimos, hay efectivamente mucho más que esto. El corazón puede sentirse dispuesto a inquirir, «¿Qué hemos obtenido en lugar de todo lo que hemos abandonado? ¿Es el Cristianismo meramente un sistema de negaciones? Si nosotros hemos roto con el mundo y con el 'yo' - si hemos abandonado nuestros antiguos placeres y entretenimientos - si, en resumen, si hemos dado la espalda a lo que hace a la vida en este mundo, ¿que tenemos en cambio?»

1 Tesalonicenses 1:9 proporciona, en una palabra, la respuesta a todos estos interrogantes - una respuesta plena, clara, distintiva, y comprensiva. Aquí está - "os convertisteis . . . A DIOS."

¡Preciosa respuesta! Sí, indeciblemente preciosa para todos los que conocen algo su significado. ¿Qué he conseguido en lugar de mis "ídolos" anteriores"? ¡A Dios! ¿En lugar de los vanos y pecaminosos placeres de este mundo? ¡A Dios! ¿En lugar de sus riquezas, honores, y distinciones? ¡A Dios! ¡Oh, bendito, glorioso, perfecto Substituto! ¿Qué tuvo el hijo prodigo en lugar de los trapos de la provincia apartada? ¡El mejor vestido en la casa de su padre! ¿En lugar de las algarrobas de los cerdos? ¡El becerro gordo de la provisión de víveres del padre! ¿En lugar de la degradante servidumbre de la provincia apartada? ¡La bienvenida del padre, su seno, y su mesa! (Lucas 15: 11-32)

Lector, ¿no es éste un bendito intercambio? ¿No tenemos nosotros, en la historia familiar, pero siempre encantadora, del hijo pródigo, una ilustración muy conmovedora e impresionante de la verdadera conversión en ambos de sus aspectos? ¿No podemos bien exclamar, mientras contemplamos fijamente el retrato inimitable, «¡Qué conversión!»? ¡Qué volverse de y convertirse a! ¿Quién puede pronunciarlo? ¿Qué lengua humana puede exponer adecuadamente los sentimientos del retornado vagabundo, cuando fue estrechado al seno del Padre, y bañado en la luz y el amor de la casa del Padre? Los trapos, las algarrobas, los cerdos, la esclavitud, el frío egoísmo, la destitución, el hambre, la miseria, la degradación moral - todas estas cosas ya no están, y nunca más estarán; y, en lugar de eso, el inefable deleite

de aquel resplandeciente y feliz hogar; y, sobre todo, el exquisito sentimiento de que todo ese alegre gozo que lo rodeó fue despertado por el hecho mismo de su regreso - ¡de que ello alegró al padre por tenerle de regreso!

Pero quizás se nos dirá que todo esto no es más que una figura. Sí; pero, ¿una figura de qué? De una realidad preciosa, divina; una figura de lo que sucede en cada caso de una conversión verdadera, si solamente se contempla desde un punto de vista celestial. No se trata de un mero abandono del mundo, con sus mil y una vanidades y locuras. Es esto, sin duda; pero es muchísimo más. Es ser traído a Dios, traído al hogar, traído al seno del Padre, traído a la familia; es ser hecho - no en el lenguaje de una estéril formalidad, sino en el poder del Espíritu, y por la poderosa acción de la Palabra - un hijo de Dios, un miembro de Cristo, y un heredero del reino.

Esto, y nada menos que esto, es la conversión. Que el lector vea que él lo entiende completamente. Que no se satisfaga con nada menos que esta gran realidad - con este volverse de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás, y de la adoración de ídolos, a Dios. El Cristiano está, en un sentido, como realmente traído a Dios ahora, como si él estuviera, de hecho, en el cielo. Esto puede parecer fuerte, pero es dichosamente verdad. Oigan lo que el apóstol Pedro dice en cuanto a este punto: "Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos" - ¿Qué? ¿Al cielo cuando

morimos? No, sino "para llevarnos a Dios" ahora. (1 Pedro 3:18). Así también en Romanos 5 leemos, "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación." (Romanos 5: 10, 11).

Este es un principio inmenso. No está dentro del ámbito del lenguaje humano expresar lo que está implicado en 'volverse' ('convertirse'), o 'traído a Dios'. Nuestro adorable Señor Jesucristo lleva a todos quienes creen en Su nombre a la presencia de Dios, en toda Su perfecta aceptabilidad. Ellos vienen en todo el mérito, y la virtud, y el valor de la sangre de Jesús, y en toda la fragancia de Su muy excelente Nombre. Él nos lleva a la misma posición con Él mismo. Él nos vincula con Él mismo, y comparte con nosotros todo lo que Él tiene, y todo lo que Él es, excepto Su Deidad, la cual es incomunicable. Nosotros somos perfectamente identificados con Él. "Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis." (Juan 14:19). De nuevo, " La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo." (Juan 14:27). "Estas cosas os he dicho, para que quede mi gozo en vosotros, y vuestro gozo sea completo." (Juan 15:11 - VM). "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo

que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer." (Juan 15:15).

Del mismo modo, en aquella maravillosa oración en Juan 17, leemos, "las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos." (Juan 17: 8 - 10). "Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo." (Juan 17:14). "Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo." (Juan 17:18). "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos." (Juan 17: 22 - 26).

Ahora bien, es completamente imposible concebir nada más elevado o más bendito que esto. Ser así tan plenamente identificados con el Hijo de Dios, ser tan completamente uno con Él como para compartir en el mismo amor con el que Él es amado por el Padre, participar de Su paz, Su gozo, Su gloria - todo esto implica la medida y el carácter de bendición más elevados posible con los que cualquier criatura pudiese ser dotada. Ser salvos de los horrores eternos del abismo del infierno; ser perdonados, lavados, y justificados: ser reinstalados en todo lo que Adán perdió; que se nos permita entrar en el cielo, sobre cualquier terreno, o en cualquier carácter de cualquier clase, sería maravillosa misericordia, bondad, y benevolencia; pero ser llevados a Dios en todo el amor y el favor de Su amado Hijo, ser íntimamente asociado con Él en toda Su posición delante de Dios - Su aceptabilidad ahora - Su gloria de aquí a poco - esto, verdaderamente, es algo sobre lo cual sólo el corazón de Dios pudo pensar, y sólo Su gran poder pudo llevar a cabo.

Bueno, lector, todo esto está involucrado en la conversión de la que hablamos. Tal es la gracia magnífica de Dios, tal es el amor con que Él nos ha amado, aun cuando nosotros estábamos muertos en delitos y pecados, enemigos en nuestras mentes haciendo malas obras, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, adorando ídolos, ciegos, degradados, esclavos del pecado y Satanás, hijos de ira. y yendo directo al infierno.

Y lo mejor de todo ello es, que, al mismo tiempo, ello glorifica el nombre, y gratifica el corazón de Dios, el traernos a este lugar de bienaventuranza inconcebible, amor, y gloria. No satisfaría el amor de Su corazón darnos cualquier lugar inferior que el de Su propio Hijo. Bien podía el inspirado apóstol exclamar, en vista de toda esta gracia estupenda, "¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha bendecido en Cristo con toda suerte de bendiciones espirituales, en las regiones celestiales; según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables delante de él: habiéndonos predestinado, en su amor, a la adopción de hijos, por medio de Jesucristo, para sí mismo, según el beneplácito de su voluntad; para loor de la gloria de su gracia, de que nos hizo merced en el amado Hijo suyo: en quien tenemos redención por medio de su sangre, la remisión de nuestros pecados, según las riquezas de su gracia." (Efesios 1: 3 - 7; VM).

¡Qué profundidad de amor, qué plenitud de bendición, nosotros tenemos aquí! Es el propósito de Dios glorificarse a Sí mismo, a lo largo de los innumerables siglos de la eternidad, en Sus tratos con nosotros. Él exhibirá, a la vista de toda inteligencia creada, las riquezas de Su gracia, en Su bondad hacia nosotros, por medio de Cristo Jesús. Nuestro perdón, nuestra justificación, nuestra perfecta liberación, nuestra aceptación - todas las bendiciones concedidas a nosotros en Cristo - son para la exhibición de la gloria divina a

través del vasto universo, para siempre. No satisfaría las demandas de Dios, ni respondería a los afectos de Su corazón, tenernos en cualquier otra posición que la de Su propio bien amado y unigénito Hijo.

Todo esto es maravilloso. Parece demasiado bueno para ser verdad. Pero es digno de Dios, y es Su beneplácito actuar así hacia nosotros. Esto es suficiente para nosotros. Puede ser, y muy ciertamente lo es, demasiado bueno para que nosotros lo consigamos, pero no es demasiado bueno para Dios darlo. Él actúa hacia nosotros conforme al amor de Su corazón, y sobre el terreno del mérito de Cristo. El hijo pródigo podía pedir ser hecho como uno de los jornaleros, pero esto no podía ser. No sería conforme al corazón del Padre tenerle en la casa como un siervo. Tiene que ser como un hijo, o de ninguna manera. Si fuera una cuestión de mérito, nosotros no merecemos el lugar de un siervo, ni menos el de un hijo. Pero, bendito sea Dios, no es en absoluto según nuestros méritos, sino conforme al ilimitado amor de Su corazón, y a la gloria de Su santo Nombre.

Esto, entonces, es conversión. Así nosotros somos llevados a Dios. Nada menos que esto. No meramente nos volvimos de nuestros ídolos, cualesquiera que ellos fueran, sino que somos, de hecho, llevados a la presencia misma de Dios, para hallar nuestro deleite en Él, para gozarnos en Él; para andar con Él, para hallar todas nuestras fuentes en Él, para recurrir a Sus inagotables

recursos, para hallar en Él una respuesta perfecta a todas nuestras necesidades, de modo que nuestras almas estén satisfechas, y eso para siempre.

¿Queremos nosotros regresar a los ídolos? ¡Jamás!
¿Sentimos algún anhelo por nuestros antiguos objetos? No si nuestros corazones están comprendiendo nuestro lugar y nuestra porción en Cristo. ¿Tuvo el hijo pródigo algún anhelo por las algarrobas y los cerdos, cuando descansó en el seno del padre, cuando fue vestido en la casa del padre, y cuando se sentó a la mesa del padre? Nosotros no, y no podemos, créalo. No podemos imaginar que tuviera un solo suspiro por la provincia apartada, una vez que él se halló dentro del círculo bendito de esa resplandeciente y dichosa casa de amor.

Nosotros hablamos conforme a la norma divina. ¡Es lamentable! ¡muy lamentable! muchos profesan ser convertidos, y parecen seguir adelante por una temporada, pero antes de que pase mucho tiempo ellos comienzan a enfriarse, y sentirse cansados e insatisfechos. La obra no fue real. Ellos no fueron realmente traídos a Dios. Pueden haber renunciado a los ídolos por un tiempo, pero Dios mismo nunca fue alcanzado. Ellos nunca hallaron en Él una porción satisfactoria para sus corazones - nunca conocieron el significado real de la comunión con Él - nunca gustaron la satisfacción de corazón, el reposo del corazón, en Cristo. De ahí que, con el transcurso del tiempo, el pobre corazón

comenzó a añorar una vez más al mundo, y regresaron, y se zambulleron en sus locuras y vanidades con mayor avidez que nunca.

Casos semejantes son muy tristes, muy decepcionantes. Ellos acarrearán gran vituperio sobre la causa de Cristo, y son utilizados como un argumento para el enemigo, y como una piedra de tropiezo para averiguadores ansiosos. Pero dejan el asunto de la conversión divina justo donde estaba. El alma que es verdaderamente convertida es una que no meramente se ha vuelto (convertido) de este presente siglo malo, y todas sus promesas y pretensiones, sino que ha sido conducida por el precioso ministerio del Espíritu Santo a hallar en el Dios vivo, y en Su Hijo Jesucristo, todo lo que puede posiblemente necesitar ahora y por los siglos. Un alma semejante ha terminado divinamente con el mundo. Ha roto con él para siempre. Ha tenido sus ojos abiertos para ver, por completo, la cosa en su totalidad. Lo ha juzgado en la luz de la presencia de Dios. Lo ha medido por la norma de la cruz de Cristo. Lo ha pesado en las balanzas del santuario, y le ha vuelto sus espaldas para siempre, para hallar un objeto absorbente y dominante en la Persona de aquel Bendito que fue clavado al madero maldito, para librarla, no sólo de las llamas eternas, sino también de este presente siglo malo.

6

¡OH, QUE LOS HOMBRES PIENSEN EN ESTO A TIEMPO!

Mientras más nos detenemos en 1 Tesalonicenses 1:9, más nos impresionamos con su maravillosa profundidad, plenitud, y poder. Es como excavar un pozo dentro de una mina inagotable. Nos hemos detenido brevemente en esa cláusula fructífera y sugestiva, "os volvisteis de los ídolos a Dios." (1 Tesalonicenses 1:9 - VM). ¡Cuánto está envuelto en ella! ¿Entendemos realmente la fuerza y la plenitud de ella? Es una cosa maravillosa para el alma ser traída a Dios - conocerle ahora a Él como nuestro recurso en toda nuestra debilidad y necesidad - el manantial de

todas nuestras alegrías - nuestra fortaleza y escudo - nuestro Guía y Consejero - nuestro todo en todo - estar absoluta y completamente confinados a Él, completamente dependientes de Él.

Lector, ¿conoces la profunda bienaventuranza de todo esto en tu propia alma? Si tú eres un hijo de Dios, un alma verdaderamente convertida, entonces es tu feliz privilegio saberlo, y no deberías estar satisfecho sin ello. Si nos hemos 'vuelto a Dios', ¿para qué es sino para hallar en Él todo lo que posiblemente podemos necesitar ahora y por los siglos? Nada puede satisfacer nunca el alma humana sino Dios mismo. No está dentro del ámbito de la tierra satisfacer los anhelos del corazón. Si nosotrosuviésemos la riqueza del universo, y todo lo que esa riqueza puede conseguir, el corazón aún desearía más; todavía habría un vacío doloroso que nada bajo el sol podría llenar.

Miren la historia de Salomón. Óiganle registrando su propia experiencia:

"Yo, el Predicador, he sido rey sobre Israel en Jerusalén. Y apliqué mi corazón a buscar e investigar con sabiduría todo lo que se ha hecho bajo el cielo. Tarea dolorosa dada por Dios a los hijos de los hombres para ser afligidos con ella. He visto todas las obras que se han hecho bajo el sol, y he aquí, todo es vanidad y correr tras el viento. Lo torcido no puede enderezarse, y lo que falta no se puede contar. Yo me dije: He aquí, yo he engrandecido y

aumentado la sabiduría más que todos los que estuvieron antes de mí sobre Jerusalén; mi corazón ha contemplado mucha sabiduría y conocimiento. Y apliqué mi corazón a conocer la sabiduría y a conocer la locura y la insensatez; me di cuenta de que esto también es correr tras el viento. Porque en la mucha sabiduría hay mucha angustia, y quien aumenta el conocimiento, aumenta el dolor.

Entonces me dije: Ven ahora, te probaré con el placer; diviértete. Y he aquí, también esto era vanidad. Dije de la risa: Es locura; y del placer: ¿Qué logra esto? Consideré en mi mente cómo estimular mi cuerpo con el vino, mientras mi mente me guiaba con sabiduría, y cómo echar mano de la insensatez, hasta que pudiera ver qué hay de bueno bajo el cielo que los hijos de los hombres hacen en los contados días de su vida. Engrandecí mis obras, me edificué casas, me planté viñedos; me hice jardines y huertos, y planté en ellos toda clase de árboles frutales; me hice estanques de aguas para regar el bosque con árboles en pleno crecimiento. Compré esclavos y esclavas, y tuve esclavos nacidos en casa. Tuve también ganados, vacas y ovejas, más que todos los que me precedieron en Jerusalén. Reuní también para mí plata y oro y el tesoro de los reyes y de las provincias. Me proveí de cantores y cantoras, y de los placeres de los hombres, de muchas concubinas. Y me engrandecí y superé a todos los que me precedieron en Jerusalén; también la sabiduría permaneció conmigo. Y de todo cuanto mis ojos deseaban, nada les negué, ni privé a mi corazón de ningún placer,

porque mi corazón gozaba de todo mi trabajo, y ésta fue la recompensa de toda mi labor. Consideré luego todas las obras que mis manos habían hecho y el trabajo en que me había empeñado, y he aquí, todo era vanidad y correr tras el viento . . ." (Eclesiastés 1: 12 - 18; 2: 1 - 11; LBLA).

Tal es el áspero comentario sobre todos los recursos de la tierra, dado por la pluma de uno que tuvo todo lo que la tierra podía dar - de uno a quien se le permitió apurar hasta las mismas heces toda copa del placer humano y terrenal. ¿Y qué fue todo ello? "Vanidad y correr tras el viento" (N. de. T.: otra trad.: "vanidad y aflicción de espíritu."). "Todas las cosas son fatigosas, el hombre no puede expresarlas. No se sacia el ojo de ver, ni se cansa el oído de oír." (Eclesiastés 1:8 - LBLA). El pobre corazón humano nunca se puede satisfacer con los recursos de la tierra. Los arroyos de la criatura nunca pueden apagar la sed del alma inmortal. Las cosas materiales no nos pueden hacer felices de ninguna manera, aun si fueran permanentes. "Todo es vanidad, y correr tras el viento."

La verdad de esto debe ser probada por todo corazón humano. Más tarde o más temprano todos tienen que averiguarlo. Los hombres pueden hacer ahora oídos sordos a ello; pueden rehusar oír la voz de advertencia del Espíritu; pueden imaginar vanamente que este pobre mundo puede concederles comodidad y felicidad considerables; se pueden asir ávidamente a sus riquezas,

sus honores, sus distinciones, sus placeres, sus comodidades materiales; pero ellos se darán cuenta de su error. Y, ¡oh, qué terrible es darse cuenta demasiado tarde! ¡Cuán terrible abrir los propios ojos en el infierno, como el hombre rico en la parábola! ¿Qué idioma humano puede exponer los horrores de un alma excluida para siempre de la presencia de Dios, y consignada a las tinieblas de afuera, al lugar del lloro, y del crujir de dientes? Es absolutamente abrumador pensar en ello. ¿Cómo será el darse cuenta de ello? ¿Cómo será hallarse uno mismo en las atormentadoras llamas del infierno, al otro lado de esa sima intransitable, donde ni siquiera un solo rayo de esperanza puede penetrar la profunda y horrible oscuridad eterna?

¡Oh, que los hombres piensen en todo esto a tiempo! Que puedan huir de la ira venidera, y que puedan echar mano de la esperanza bienaventurada puesta ante ellos en el evangelio; que ellos puedan 'volverse a Dios.' Pero, ¡es lamentable! el dios de este mundo ciega sus entendimientos, "para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios." (2 Corintios 4:4). Él los fascina con las cosas presentes - negocios, hacer dinero, placeres, preocupaciones, pasiones, cualquiera y todas las cosas menos la única cosa que, al comparar todas las cosas terrenales con ella, estas no son más que "menudo polvo en las balanzas." (Isaías 40:15).

Pero nosotros nos hemos apartado de nuestro tema especial, al cual debemos regresar.

Estamos particularmente ansiosos de recalcar ante el lector cristiano la inmensa importancia de procurar hallar todos sus recursos en el Dios vivo. Sólo nos hemos apartado de este punto por un momento, para hacer repicar una nota de advertencia en el oído de cualquier inconverso, de cualquier despreocupado que pueda tomar en sus manos este escrito. Rogamos fervientemente a estos últimos que se vuelvan a Dios. Rogamos a los mencionados en primer lugar a buscar una relación más profunda con Aquel a quien, por gracia, él se ha vuelto. Tenemos las dos cosas ante nosotros al escribir estos artículos sobre el gran tema de la 'conversión.' Podemos decir verdaderamente, que anhelamos ver almas preciosas convertidas a Dios; y anhelamos ver almas convertidas felices en Dios.

Estamos cada vez más convencidos de la importancia práctica de que los Cristianos demuestren en su vida diaria que ellos han hallado completo reposo de corazón en Dios. Esto tiene un peso inmenso con la gente mundana. Es un gran punto ganado cuando somos capaces, por medio de la gracia, de decirle al mundo que somos independientes de él; y la única forma de hacer esto es vivir en el sentido permanente de lo que nosotros tenemos en Dios. Esto impartiría una elevación moral a todo nuestro curso y carácter. Nos liberaría

completamente de esta fuerte tendencia que todos nosotros tenemos, en mayor o menor medida, a sostenernos en apoyos humanos, y de recurrir a los arroyos de la criatura, para luego lamentarnos, y que ciertamente surgen decepcionándonos, y deshonrando a Dios.

¡Cuán inclinados estamos, en todas ocasiones, a acudir a nuestro semejante buscando compasión, socorro, y consejo, en lugar de mirar directa y exclusivamente a Dios! Este es un error serio. Es, en principio, abandonar la Fuente de aguas vivas, y cavar para uno mismo cisternas rotas que no retienen agua. ¿Qué podemos esperar? ¿Cuál debe ser el resultado? Esterilidad y desolación. Nuestro Dios, en pura fidelidad para con nosotros, hará que nuestro semejante nos falle, para que podamos aprender la locura de apoyarnos en un brazo de carne.

Oigan lo que dice el profeta sobre este gran asunto práctico: "Así dice Jehová: Maldito aquel que confía en el hombre, y se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazón se aparta de Jehová. Pues será como la retama en el desierto, que no ve cuando viene el bien, sino que habita los sequedales del desierto, de una tierra salada y no habitada." (Jeremías 17: 5, 6 - VM).

Pero noten el contraste. "Bienaventurado aquel que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová mismo. Pues será como árbol plantado junto a las aguas, y que extiende sus raíces junto al río: por tanto no temerá

cuando venga el calor, sino que será verde su hoja; y no tendrá cuidado en el año de sequía ni cesará de dar su fruto." (Jeremías 17: 7, 8).

Oh, lector, es una gran realidad apoyarse en el brazo del Dios vivo - hallar en Él nuestro alivio y nuestro recurso, en todo tiempo, en todo lugar, y bajo todas las circunstancias. Él nunca le falla a un corazón confiado. Él nunca nos defraudará. Él puede considerar apropiado mantenernos en espera de una respuesta a nuestro llamamiento, pero el tiempo que pasamos esperando es un tiempo bien gastado, y cuando la respuesta llega, nuestros corazones se llenan con alabanza, y podemos decir, "¡Cuán grande es tu bondad que has guardado para los que te temen, que has obrado para los que en ti confían delante de los hijos de los hombres!" (Salmo 31:19 - VM).

Es una gran cosa poder confiar en Dios delante de los hijos de los hombres, confesar Su suficiencia para toda necesidad nuestra. Pero ello debe ser una realidad, y no una mera profesión. De nada sirve hablar de apoyarse en Dios, mientras al mismo tiempo estamos, de un modo u otro, buscando a algún pobre mortal para que nos ayude. Esto es un triste concepto falso. Pero, ¡qué lamentable! ¡Cuán a menudo caemos bajo su poder! Nosotros adoptamos el lenguaje de dependencia de Dios, pero en realidad estamos buscando al hombre, y dándole a conocer nuestras necesidades. Nos engañamos a nosotros

mismos, y deshonramos a Dios, y el fin es desilusión y confusión de rostro.

Lector, contemplemos de cerca y honestamente este asunto. Veamos que se entienda el significado de estas preciosas palabras, "volvísteis (convertisteis) . . . a Dios." (1 Tesalonicenses 1:9 - VM). Ellas contienen la esencia misma de la verdadera felicidad y de la verdadera santidad. Cuando el corazón se vuelve realmente a Dios, ha hallado el verdadero, el divino secreto de la paz, el reposo, y la plena satisfacción, encuentra su todo en Dios, y no tiene ocasión ninguna para volverse a la criatura. ¿Estoy yo en alguna incertidumbre? Yo puedo dirigir mis ojos a Dios para ser guiado. Él ha prometido guiarme con Sus ojos. ¡Qué guía más perfecta! ¿Puede el hombre hacerlo de mejor forma para mí? Ciertamente no. Dios ve el final desde el principio. Él conoce todas las cargas, todas las pertenencias, todas las raíces y asuntos de mi caso. Él es un guía infalible. Su sabiduría es inerrante, y además Él me ama perfectamente. ¿Dónde podría yo hallar un mejor guía?

¿Estoy en necesidad? Yo puedo acudir a Dios acerca de ello. Él es el Poseedor de los cielos y la tierra. Los tesoros del universo están a Su disposición. Él me puede ayudar, si ve que ello es bueno para mí; y si no lo es, la presión será mucho mejor para mí que el alivio. "Mi Dios suplirá toda necesidad vuestra, conforme a sus riquezas en gloria, en Cristo Jesús." (Filipenses 4:19 - VM).

¿No es esto suficiente? ¿Por qué buscar un arroyo de la criatura? ¡Qué pobre cosa es dar a conocer nuestras necesidades a un ser humano! Es en realidad renunciar, hasta ese punto, al terreno de la fe, a la vida de sencilla dependencia en Dios. Es, en realidad, deshonar a nuestro Padre. Si yo solicito ayuda a mi semejante, ello es equivalente a decir que Dios me ha fallado. Es realmente traicionar a mi Padre amoroso que me ha tomado, cuerpo, alma, y espíritu, para hacerlo por mí ahora y por los siglos. Él se ha comprometido a proveer para todas mis necesidades, por muchas que ellas sean, por grandes que ellas sean, por variadas que ellas sean. "El que aun a su propio Hijo no perdonó, ántes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar también con él gratuitamente todas las cosas?" (Romanos 8:32 - RV1865).

Pero algunas veces nosotros oímos a personas decir que el Señor les ha dicho, o que ha puesto en sus corazones, acudir a algún recurso humano. Esto es, realmente, muy cuestionable. No es de ninguna manera probable que nuestro Dios nos condujera alguna vez a abandonar la Fuente de aguas vivas, y a recurrir por nosotros mismos a alguna cisterna rota. Su Palabra es, "¡. . .clama a mí" - no a tu semejante - "en el día de angustia; yo te libraré, y tú me glorificarás!" (Salmo 50:15 - VM).

Es verdad que Dios utiliza a la criatura para satisfacer nuestra necesidad; pero este es un asunto

completamente diferente. El bendito apóstol podía decir, "Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito." (2 Corintios 7:6). Pablo buscaba consuelo de parte de Dios, y Dios envió a Tito para consolarle, Si Pablo hubiese buscado a Tito, él habría sido decepcionado.

Así en todos los casos. Nosotros debemos referirnos inmediata y exclusivamente a Dios en todas nuestras necesidades. 'Nosotros nos hemos vuelto (convertido) de los ídolos a Dios"; y por eso, en toda necesidad Él es nuestro recurso seguro. Podemos ir a Él a buscar consejo, socorro, guía, compasión, a buscar todo. "¡En Dios solamente confía callada, oh alma mía; porque de él depende mi esperanza! Él solo es mi roca y mi salvación; mi refugio es, no seré movido." (Salmo 62: 5, 6 - VM).

¿Nos conducirá esta muy bienaventurada costumbre de mirar solamente a Dios a subestimar los canales a través de los cuales Su preciosa gracia fluye hacia nosotros? Exactamente al contrario. ¿Cómo puedo yo subestimar a uno que viene a mí directamente de Dios, como Su instrumento manifiesto, a satisfacer mi necesidad? Imposible. Pero yo lo valoro como un canal, en lugar de acudir a él como a una fuente. Esto hace toda la diferencia. Nunca debemos olvidar que la conversión verdadera significa que nosotros somos traídos a Dios; y, muy ciertamente, si somos traídos a Dios, es para que

hallemos en Él un velo perfecto para nuestros ojos, un objeto perfecto para el corazón, un recurso perfecto en todas nuestras necesidades, desde la primera a la última. Un alma verdaderamente convertida es una que se vuelve de todas las confianzas puestas en la criatura, de las esperanzas humanas, y de las expectativas terrenales, para hallar todo lo que ella necesita en el Dios vivo y verdadero, y eso, para siempre.

7

SOMOS LLAMADOS “A SERVIR”

Somos llamados ahora a considerar un punto profundamente práctico en nuestro asunto. Está contenido en la cláusula, "para servir al Dios vivo y verdadero." (1 Tesalonicenses 1:9). Esto está lleno de interés para toda alma verdaderamente convertida - para todo Cristiano verdadero. Somos llamados 'a servir.' Toda nuestra vida, desde el momento de nuestra conversión hasta el final de nuestra carrera terrenal, debería caracterizarse por un espíritu de servicio verdadero, ferviente, inteligente. Este es nuestro alto privilegio, por no decir nuestro santo deber. No importa cuál pueda ser nuestra esfera de acción, lo que pueda ser nuestra línea

de vida, o la que sea nuestra profesión; cuando nos convertimos, solamente tenemos una cosa que hacer, a saber, servir a Dios. Si hay algo en nuestra ocupación que es contrario a la voluntad revelada de Dios - contrario a la enseñanza directa de Su Palabra - entonces nosotros debemos abandonarla de inmediato, cueste lo que cueste. El primer gran paso de un siervo obediente es salirse de una posición falsa.

Supongan, por ejemplo, que el propietario de una taberna se convierte a Dios. ¿Qué ha de hacer él? ¿Puede continuar con un negocio semejante? ¿Puede permanecer en una ocupación tal con Dios? ¿Puede él continuar en la venta de aquello que acarrea ruina, miseria, degradación, muerte, y perdición a miles y cientos de miles? ¿Puede él servir quizás al Dios vivo y verdadero en la barra de una taberna?

Nosotros no lo podemos creer. Se nos puede considerar duros, severos, e intolerantes, por escribir de este modo. Nosotros no podemos evitarlo. Debemos escribir lo que creemos que es la verdad. Estamos persuadidos que el primer acto mismo de un propietario de una taberna debería ser cerrar su tienda, y dar la espalda, con una firme decisión, a una profesión semejante, impía, horrible. Hablar de servir a Dios en una ocupación semejante es, en nuestro juicio, un miserable engaño.

Sin duda, lo mismo se puede decir de muchas otras profesiones u ocupaciones, y el lector puede sentirse dispuesto a preguntar, '¿Qué ha de hacer un Cristiano? ¿cómo puede él seguir adelante?' Nuestra respuesta es simplemente esta: Somos llamados para servir a Dios, y todo debe ser probado por esta norma. El Cristiano tiene que hacerse esta única pregunta - '¿Puedo yo cumplir con los deberes de esta situación para la gloria de Dios? Si la respuesta es no, él debe abandonarla. Si no podemos conectar el Nombre de Dios con nuestra ocupación en la vida, entonces, ciertamente, si queremos andar con Dios, si aspiramos servirle a Él, si nuestro único deseo es ser hallados agradables delante de Él - entonces debemos renunciar a esa ocupación, y buscar que Él abra alguna senda para nosotros en la cual podamos andar para Su alabanza.

Esto Él lo hará, bendito sea Su Nombre. Él nunca le falla a un alma confiada. Todo lo que tenemos que hacer es allegarnos a Él con corazón firme, y Él allanará el camino delante de nosotros. Puede parecer difícil al principio. La senda puede parecer estrecha, dura, solitaria; pero nuestra sencilla tarea es estar por Dios, y no continuar ni por una hora en conexión con cualquier cosa contraria a Su voluntad revelada. Una conciencia tierna, un ojo sencillo, un corazón consagrado, aclararán muchos interrogantes, resolverán muchas dificultades, removerán muchas barreras. En efecto, los instintos mismos de la naturaleza divina, si se les permite actuar,

guiarán en muchas incertidumbres. "La lumbre del cuerpo es el ojo; si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz." (Mateo 6:22 - VM). Cuando el propósito de corazón es fiel a Cristo - fiel a Su nombre y causa - fiel al servicio de Dios, el Espíritu Santo abre los preciosos tesoros de la revelación divina al alma, y derrama un torrente de luz viva sobre el entendimiento, de modo que nosotros vemos la senda de servicio tan clara como un rayo de sol delante de nosotros, y sólo tenemos que andar por ella con paso firme.

Pero nunca debemos, ni por un momento, perder de vista el gran hecho de que nos hemos convertido para el servicio de Dios. El resultado de la vida que poseemos siempre debe tomar la forma de servicio al Dios vivo y verdadero, En nuestros días de inconversos nosotros adorábamos ídolos, y servíamos a diversas pasiones y placeres; ahora, al contrario, adoramos a Dios en el Espíritu, y somos llamados a servirle con todos nuestros poderes redimidos. Nos hemos vuelto (convertido) a Dios para hallar en Él nuestros perfectos reposo y satisfacción. No hay una sola cosa en todo el rango de las necesidades de la criatura, ahora y por los siglos, que nosotros no podamos hallar en nuestro muy clemente Dios y Padre. Él ha atesorado en Cristo, el Hijo de Su amor, todo lo que puede satisfacer los deseos de la nueva vida en nosotros. Es nuestro privilegio tener a Cristo morando en nuestros corazones por medio de la fe, y estar así tan arraigados y cimentados en amor, como para poder comprender con

todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios. (Efesios 3: 18, 19).

Llenos, satisfechos, y fortalecidos así, somos llamados a dedicarnos, espíritu, alma, y cuerpo, al servicio de Cristo; estar firmes y constantes, abundando siempre en la obra del Señor (1 Corintios 15:58 - RVA). No deberíamos tener nada más que hacer en este mundo. Cualquier cosa que no se pueda hacer como servicio a Cristo, no debería ser hecha en absoluto. Esto simplifica el asunto asombrosamente. Es nuestro dulce privilegio hacer todo en el Nombre del Señor Jesús, y para la gloria de Dios. Algunas veces nosotros oímos a las personas hablar de un 'llamado secular', contrastándolo con el que es 'sagrado.' Nosotros cuestionamos la corrección de semejante distinción. Pablo hacía tiendas y establecía iglesias, pero en ambas cosas él servía a Cristo el Señor. Todo lo que un Cristiano hace debe ser sagrado, porque es hecho como servicio a Dios. Si esto se tuviera en mente, nos permitiría conectar los deberes más simples de la vida diaria con el Señor mismo, y traerlo a Él a estas cosas de un modo tal como para impartir una santa dignidad y un santo interés a todo lo que tenemos que hacer, desde la mañana hasta la noche. De esta manera, en lugar de hallar que los deberes de nuestra ocupación son un estorbo para nuestra comunión con Dios, deberíamos realmente considerarlos como una ocasión de esperar en

Él por sabiduría y gracia para cumplir con ellos correctamente, de modo que Su santo Nombre pueda ser glorificado en los más insignificantes detalles de la vida práctica.

El hecho es que el servicio a Dios es un asunto mucho más sencillo de lo que alguno de nosotros imaginamos. No consiste en hacer cosas maravillosas más allá de los límites de nuestra esfera de acción divinamente asignada. Tomen el caso de una persona que preste sus servicios en un hogar. ¿Cómo puede esta persona servir al Dios vivo y verdadero? No puede ir visitando y hablando. Su esfera de acción se encuentra a la sombra y refugio del hogar de su empleador. Si esta persona corriera de casa en casa, estaría realmente descuidando su trabajo apropiado, su tarea divinamente asignada. Oigan las siguientes palabras sanas e irreprochables: "Exhorta también a los siervos a que estén en sujeción a sus propios amos, agradándoles en todo; no respondones; no defraudándoles en nada, sino antes mostrando toda buena fidelidad, para que adornen en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador." (Tito 2: 9, 10 - VM).

Aquí vemos que la persona que sirve en un hogar, por medio de la obediencia, la humildad, y la honestidad, puede adornar la doctrina de Dios tan efectivamente, conforme a su medida, como un evangelista yendo por el mundo en el cumplimiento de su elevada y santa comisión.

Nuevamente, leemos, "Siervos, sed obedientes a los que, según la carne, son vuestros amos, con temor y temblor, en sencillez de vuestro corazón, como a Cristo: no sirviendo al ojo, como los que procuran agradar a los hombres, sino antes, como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios; de buena gana haciendo el servicio, como que lo hacéis al Señor, y no a los hombres; sabiendo que cualquiera cosa buena que hiciere cada uno, lo mismo volverá a recibir de parte del Señor, sea siervo, o sea libre." (Efesios 6: 5 - 8; VM).

¡Cuán precioso es esto! ¡Qué bello campo de servicio se nos abre aquí! ¡Qué hermoso este "temor y temblor"! ¿Dónde los vemos hoy día? ¿Dónde está la santa sujeción a la autoridad? ¿Dónde la sencillez de ojo? ¿Dónde el servicio de corazón generoso? ¡Es lamentable! nosotros vemos impetuosidad y arrogancia, obstinación, autocomplacencia, y egoísmo. ¡De qué manera todas estas cosas deben deshonrar al Señor, y contristar Su Santo Espíritu! ¡Cuán necesario es que nuestras almas sean despertadas a un sentido de lo que nos conviene como a quienes son llamados a servir al Dios vivo y verdadero! ¿No es una señal de misericordia para todo Cristiano el saber que puede servir y glorificar a Dios en el lugar más común de los deberes domésticos? Si ello no fuera así, ¿qué sería de noventa y nueve de cada cien Cristianos?

Nosotros hemos considerado el caso de una persona empleada en el servicio doméstico común, para

ilustrar esa línea especial de verdad práctica que está hora bajo nuestra consideración. ¿No es muy bienaventurado para nosotros conocer que nuestro Dios ha condescendido con toda gracia a conectar Su Nombre y Su gloria con los más humildes deberes que pueden recaer sobre nosotros en nuestra vida doméstica común? Es esto lo que imparte dignidad, interés, y frescura a cada pequeño acto, desde la mañana hasta la noche. "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres." (Colosenses 3:23). Aquí yace el precioso secreto de todo el asunto. No se trata de trabajar por un sueldo, sino de servir a Cristo el Señor, y mirarle a Él para recibir la recompensa de la herencia. (Colosenses 3:24).

¡Oh, que todo esto fuera más plenamente realizado e ilustrado entre nosotros! ¡Qué elevación moral ello daría a la entera vida cristiana! ¡Qué respuesta triunfante ello proporcionaría al infiel! ¡Qué aplastante reprensión a todas sus sonrisas de desprecio y sus objeciones! Mejor, con mucho, que diez mil ilustrados argumentos. No existe ningún argumento tan poderoso como una vida cristiana honesta, consagrada, santa, feliz, abnegada, y esta vida puede ser exhibida por una persona cuya esfera de acción está limitada por las cuatro paredes de una cocina.*

{* Es notable que, tanto en Efesios cap. 6 como en Colosenses cap. 3, la palabra dirigida a los siervos es

mucho más elaborada que a cualquiera de las otras clases de personas. En Tito cap. 2, los siervos son especialmente destacados. No se habla a esposos, ni a amos, ni a hijos. No pretendemos dar razón de esto, pero no podemos evitar de hacerlo notar como un hecho muy interesante, y, muy ciertamente, nos enseña qué lugar tan importante se asigna en el Cristianismo a una persona que, en esos tempranos días de la historia de la iglesia, ocupaba el lugar de un esclavo. El Espíritu Santo se esmeró especialmente para enseñarle a una persona tal cómo él debía conducirse en su muy interesante esfera de trabajo. El pobre esclavo podía pensar que él estaba excluido del servicio a Dios. Lejos de esto, él es dulcemente enseñado que simplemente por ser su deber, como delante de Dios, él podía adornar la doctrina de Dios su Salvador, y traer gloria al Nombre de Jesús. Nada puede exceder la gracia que resplandece en esto.}

Y no solamente la vida práctica de un Cristiano verdadero proporciona la mejor respuesta posible al escéptico y al infiel, sino que también enfrenta, de una manera muy satisfactoria, las objeciones de aquellos que hablan de las obras, e insisten en poner a los Cristianos bajo la ley, para enseñarles cómo vivir. Cuando la gente nos cuestiona el hecho de que nosotros no predicamos acerca de las obras, nosotros sencillamente les preguntamos, '¿Para qué deberíamos predicar acerca de

las obras?' El hombre inconverso no puede hacer obra alguna, excepto "malas obras", u "obras muertas." No hay un solo pensamiento de su corazón, ni una sola palabra de sus labios, ni un solo acto de su vida, por los que él no merezca justamente las llamas de un infierno eterno. "Los que están en la carne" - las personas inconversas - "no pueden agradar a Dios." (Romanos 8:8 - VM). ¿Qué posible utilidad tendría predicar acerca de las obras a los tales? Ello solamente puede echar polvo en sus ojos, cegar sus entendimientos, engañar sus corazones, y enviarlos al infierno con una mentira en su mano derecha.

Tiene que haber una genuina conversión a Dios. Esta es una obra divina, desde el principio hasta el fin. ¿Y qué tiene que hacer el hombre convertido? Ciertamente él no tiene que obrar para obtener la vida, porque él la tiene, la vida eterna, como el regalo gratis de Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor. No tiene que obrar para salvación, porque él ya es salvo - "salvo en Jehová con salvación eterna." (Isaías 45:17). ¿Qué, entonces, es él llamado a hacer? Es llamado a "servir al Dios vivo y verdadero." (1 Tesalonicenses 1:9). ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? En todo; en todo tiempo, y en todo lugar. El hombre convertido no tiene nada más que hacer que servir a Dios. Si él hace cualquier otra cosa, él es positivamente desleal, infiel a ese bendito Señor y Maestro, quien, antes de llamarle Él a servir, le dotó con la vida, y la gracia, y el poder, cosas por medio de las cuales solamente el servicio puede ser llevado a cabo.

Sí, lector, el Cristiano es llamado a servir. Nunca olvidemos esto. Él tiene el privilegio de presentar su cuerpo como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es su culto racional, su servicio inteligente. (Romanos 12:1). Esto zanja todo el asunto. Remueve todas las dificultades; silencia todas las objeciones; pone todo en su justo lugar. No es una cuestión acerca de qué estoy haciendo yo, sino de cómo lo hago - no es acerca de dónde estoy, sino de cómo me conduzco. El Cristianismo, tal como es exhibido en el Nuevo Testamento, es el resultado de la vida de Cristo en el creyente; es Cristo reproducido en la vida diaria del Cristiano, por el poder del Espíritu Santo. Todo lo que el Cristiano toca, todo lo que hace, todo lo que dice, su vida práctica completa, desde la mañana del día del Señor hasta la noche del Sábado, debería llevar la impronta, y expresar el espíritu, de esa gran cláusula práctica sobre la cual nos hemos detenido - "servir al Dios vivo y verdadero." ¡Que esto pueda ser así más y más! ¡Que todo el amado pueblo del Señor, en todas partes, sea despertado realmente para buscar más fervientemente, más a fondo, sincera devoción a Cristo y a Su precioso servicio!

8

ESPERANDO LA VENIDA DEL SEÑOR

Las últimas palabras de nuestro capítulo - 1 Tesalonicenses 1 - exigen ahora nuestra atención. Ellos proporcionan una prueba muy sorprendente y eficaz de la claridad, plenitud, profundidad y alcance del testimonio del apóstol en Tesalónica, y también de la brillantez y realidad de la obra en los recién convertidos en aquel lugar. No fue meramente que ellos se volvieron (convirtieron) de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero. Esto, por medio de la gracia, ellos lo hicieron, y aquello, también, con poder, frescura, y fervor no usuales. Pero hubo algo más; y nosotros podemos afirmar, con toda

posible confianza, que hubiera existido un gran defecto en la conversión y en el Cristianismo de esos amados discípulos, si eso hubiese estado faltando. Ellos se volvieron (convirtieron) para esperar de los cielos a Su Hijo. (1 Tesalonicenses 1:10).

Que el lector otorgue a este hecho muy de peso su más devota y profunda atención. La resplandeciente y bienaventurada esperanza de la venida del Señor formaba una parte integral del evangelio que Pablo predicaba, y del Cristianismo de quienes se convertían por su ministerio. Aquel bendito siervo predicaba un evangelio pleno. Él no sólo declaraba que el Hijo de Dios había venido al mundo, para cumplir la gran obra de redención, y poner el fundamento eterno de la gloria y los consejos divinos, sino que Él había regresado a los cielos, y había tomado Su asiento, como el Hombre victorioso, exaltado, y glorificado, a la diestra del trono de Dios; y que Él regresará nuevamente, en primer lugar, para tomar a Su pueblo a Él mismo, y conducirles al círculo más íntimo de la casa de Su Padre - el lugar preparado para ellos; y luego, vendrá con ellos, para ejecutar juicio sobre Sus enemigos - reunir fuera de Su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a todos los que hacen iniquidad (Mateo 13:41), y para establecer Su dominio glorioso "de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra." (Salmo 72:8).

Todo esto estaba incluido en el precioso evangelio que Pablo predicaba, y que los Tesalonicenses convertidos recibieron. Nosotros hallamos una indicación indirecta, pero muy interesante de esto en un pasaje en Hechos 17, donde el escritor inspirado registra lo que los Judíos infieles pensaban y decían acerca de la predicación del apóstol. "Pero los judíos, incitados por celos, tomaron consigo ciertos hombres malos, de los ociosos que frecuentan la plaza, y habiendo reunido al populacho, alborotaron la ciudad; y acometiendo la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Y no hallándolos, arrastraron a Jasón y a ciertos hermanos ante los magistrados de la ciudad, gritando: ¡Estos hombres que han trastornado el mundo habitado, han venido acá también; a quienes Jasón ha acogido: y éstos todos obran en oposición a los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús!" (Hechos 17: 7 - 7; VM).

Tales eran las ideas que esos pobres, prejuiciosos incrédulos inferían de la predicación de los amados siervos del Señor; y podemos ver en ellas los elementos de grandes y solemnes verdades - el completo trastorno del presente sistema de cosas, y el establecimiento del reino eterno de nuestro Señor y Salvador. "Haré que haya trastorno, trastorno, trastorno: ni aquélla tampoco será más, hasta que venga Aquel cuyo es el derecho, y a Él se lo daré." (Ezequiel 21:27 - VM).

Pero no solamente la venida y el reino del Señor ocupaban un lugar prominente en la predicación del apóstol, ellos también resplandecen brillantemente en toda su enseñanza. Los Tesalonicenses no sólo se volvieron (convirtieron) a esta esperanza bienaventurada; ellos fueron edificados, establecidos y avanzaron en ella. Ellos fueron enseñados a vivir en el resplandor de ella a cada hora del día. No era un dogma seco, estéril, a ser recibido y sostenido como parte de un credo impotente, sin valor; se trataba de una realidad viva, un poderoso poder moral en el alma - una esperanza preciosa, purificadora, santificadora, elevadora, apartando completamente el corazón de las cosas presentes, y haciéndole esperar, momento a momento - sí, lector, repetimos con énfasis, momento a momento - el regreso de nuestro amado Señor y Salvador Jesucristo, quien nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros.

Es interesante notar que, en las dos epístolas a los Tesalonicenses, hay muchas más referencias a la venida del Señor que en todas las otras epístolas en su conjunto. Esto es tanto más notable, ya que ellas eran las más tempranas de las epístolas de Pablo, y fueron escritas a una asamblea muy joven en la fe.

Si el lector da sólo una mirada rápida a estos dos muy preciosos escritos, hallará la esperanza del regreso del Señor introducido en cada uno de los ocho capítulos, y en conexión con toda clase de temas. Por ejemplo, en el

capítulo 1 la tenemos presentada como el gran objeto a ser mantenido siempre delante del corazón del Cristiano, cualesquiera sean su posición o su relación - la luz resplandeciente brillando al final de su largo peregrinaje a través de este mundo oscuro y afanoso. "Os volvisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar" - ¿qué? ¿El momento de la muerte de cada uno de ellos? Ninguna cosa semejante, ninguna alusión a una cosa tal. La muerte, para el creyente, está abolida, y nunca es presentada como el objeto de su esperanza. ¿Qué fueron enseñados, entonces, los discípulos Tesalonicenses a esperar?: "a su Hijo, cuando venga de los cielos, a quien él resucitó de entre los muertos." (1 Tesalonicenses 1: 9, 10 - VM).

Y entonces, ¡noten el hermoso añadido! "A Jesús, que nos liberta de la ira venidera." (1 Tesalonicenses 1:10 - VM). Esta es la Persona que estamos esperando; nuestro precioso Salvador; nuestra gran Libertador; Aquel que tomó a Su cargo nuestro caso desesperado, quien tomó, a nuestro favor, el cáliz de ira, de manos de la Justicia infinita, y lo vació, para siempre; quien aclaró la perspectiva de cada nube, de modo que nosotros podamos fijar la mirada en el cielo, y hacia adelante en la eternidad, y ver nada más que el resplandor y la bienaventuranza de Su amor y gloria, como nuestro feliz hogar por la eternidad.

Oh, amado lector cristiano, ¡cuán bienaventurado es estar esperando, mañana, tarde, atardecer, y medianoche, la venida de nuestro misericordioso Libertador! ¡Qué santa realidad estar siempre esperando el regreso de nuestro amado y bendito Salvador y Señor! ¡Qué separación y elevación se producen por el hecho de levantarnos cada mañana para comenzar nuestro curso diario del deber - cualquiera que pueda ser ese deber, ya sea la tarea de fregar el suelo, o de evangelizar un continente - para acariciar la resplandeciente y bienaventurada esperanza de que, antes que las sombras del anochecer nos envuelvan, podamos ser llamados a ascender en los pliegues de la nube de gloria para encontrarnos con nuestro Salvador que viene!

¿Es éste el simple sueño de un fanático extravagante o de un entusiasta visionario? No, es una verdad imperecedera, que descansa exactamente en la misma posición que sustenta todo la trama de nuestro muy glorioso Cristianismo. ¿Es verdad que el Hijo de Dios pisó esta tierra nuestra en la Persona de Jesús de Nazaret? ¿Es verdad que Él vivió y trabajó aquí entre los pecados y dolores de la pobre humanidad caída? ¿Es verdad que Él suspiró, y lloró, y gimió bajo el sentido de la extendida desolación que el pecado ha provocado en este mundo? ¿Es verdad que Él fue a la cruz, y se ofreció allí a Sí mismo sin mancha a Dios, para vindicar la Majestad Divina; para responder a todas las demandas del trono de Dios; para destruir todas las obras del diablo; para exhibir

públicamente todos los poderes del infierno; para quitar el pecado mediante el sacrificio de Sí mismo; para llevar los pecados de todos quienes, desde el principio hasta el fin del tiempo han de creer, por medio de la gracia, en Su Nombre? ¿Es verdad que Él estuvo tres días y tres noches en el corazón de la tierra, y que en el primer día de la semana Él resucitó triunfante de la tumba, como Cabeza de una nueva creación, y que ascendió a los cielos, después de haber sido visto, a lo menos, por quinientos testigos? ¿Es verdad que, cincuenta días después de Su resurrección él envió el Espíritu Santo, para llenar e iluminar a Sus apóstoles para que fueran Sus testigos hasta lo último de la tierra? ¿Es verdad que, desde el día de Pentecostés hasta esta mismo momento presente, Él ha estado actuando a favor de Su pueblo como un Abogado con el Padre, un gran Sumo Sacerdote con Dios; intercediendo por nosotros en todos nuestros fracasos, pecados, y limitaciones, y compadeciéndose de nuestras debilidades y en todas nuestras penas; y presentando continuamente nuestros sacrificios de oración y alabanza, en toda la fragancia de Su Persona gloriosa?

¿Son todas estas cosas verdaderas? Sí, gracias a Dios, todas ellas son divinamente verdaderas, todas son presentadas en las páginas del Nuevo Testamento, con la más maravillosas plenitud, claridad, profundidad, y poder; todo reposa sobre el fundamento sólido de la Santa Escritura - un fundamento que, ni todos los poderes del

cielo y del infierno, hombres y demonios, pueden tocar jamás.

Bueno, entonces, la esperanza bienaventurada de la venida del Señor descansa precisamente sobre la misma autoridad. No es más verdadera de que nuestro Señor Jesucristo yació como un niño en el pesebre de Belén; de que Él creció hasta llegar a la medida de un hombre; de que Él anduvo haciendo bienes; de que Él fue clavado a la cruz y yació en la tumba; de que Él está sentado ahora en el trono de la Majestad en los cielos; de que Él vendrá nuevamente a recibir a Su pueblo a Sí mismo. Él puede venir esta noche. Nadie puede decir cuándo Él vendrá, pero puede venir en cualquier momento. La única cosa que lo detiene es Su paciencia, no queriendo que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (2 Pedro 3:9). Él ha esperado por largos dieciocho siglos*, en amor, misericordia, y compasión persistentes; y durante todo ese tiempo la salvación ha estado preparada para ser revelada, y Dios ha estado preparado para juzgar; pero Él ha esperado, y aún espera, en gracia y paciencia constantes.

{ N. del T.: Debemos recordar que estos artículos fueron escritos en el transcurso del año 1878.}*

Pero Él vendrá, y nosotros deberíamos vivir siempre en la esperanza de Su venida. El apóstol enseñó a

vivir de este modo a sus amados Tesalonicenses. Él mismo vivía de esta manera. La esperanza bienaventurada estaba íntimamente ligada con todas las costumbres y sentimientos de su vida diaria. ¿Era un asunto de cosechar el fruto de sus labores? Oigan lo que él dice: "Porque ¿quién es nuestra esperanza o gozo o corona de gloria? ¿No lo sois vosotros en la presencia de nuestro Señor Jesús en su venida?" (1 Tesalonicenses 2:19 - LBLA). Él vería a todos en ese tiempo y lugar. A ningún enemigo se le permitirá estorbar ese encuentro. "Quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; pero Satanás nos estorbó." (1 Tesalonicenses 2:18). ¡Muy maravilloso! ¡Muy misterioso! Con todo, ello fue así. Satanás estorbó a un ángel de Dios en el desempeño de su tarea en los días de Daniel; y estorbó a un apóstol de Cristo en el cumplimiento de su amoroso deseo de ver a sus hermanos en Tesalónica. Pero, gracias sean dadas a Dios, no podrá estorbar el gozoso encuentro de Cristo y Sus santos, el cual esperamos. ¡Qué momento será aquel! ¡Qué afectuosos saludos de queridos viejos amigos! Pero, muy por sobre todo, ¡Él mismo! ¡Su sonrisa! ¡Su bienvenida! ¡Su "está bien" conmoviendo el alma!

¡Qué preciosa esperanza alentadora del alma! ¡Necesitamos nosotros sorprendernos por el lugar prominente que ella ocupaba en los pensamientos y enseñanzas del bendito apóstol? Él recurre a ella en todas las ocasiones, y en conexión con todo asunto. ¿Es una cuestión de progreso en la vida divina y la piedad

práctica? Él lo expresa de este modo: "Y que el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros, y para con todos, como también nosotros lo hacemos para con vosotros; a fin de que El afirme vuestros corazones irrepreensibles en santidad delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos." (1 Tesalonicenses 3: 12, 13 - LBLA).

Que el lector ponga atención especialmente a la última cláusula de esta conmovedora y hermosa cita. "Con todos sus santos." ¡Qué admirable sabiduría resplandece aquí! El apóstol estaba a punto de abordar directamente un error en que los creyentes Tesalonicenses habían caído, con referencia a sus amigos que ya habían partido. Ellos temían que quienes habían dormido no participarían en el gozo de la venida del Señor. Este error es demolido completamente mediante la breve frase, "con todos los santos." Ni uno de ellos estará ausente en el gozoso encuentro, en esa alegre escena. ¡Bienaventurada certeza! Respuesta triunfante para todos quienes querrían hacernos creer que ninguno de ellos compartirá el gozo de la venida de nuestro Señor ¡excepto los que vean esto, aquello, y lo otro! "Con todos los santos", a pesar de la ignorancia y el error de ellos, sus dudas y sus tropiezos, sus deficiencias y sus fracasos. Nuestro bendito Señor, el eterno Amante de nuestras almas, no excluirá a ninguno de nosotros de aquel momento dichoso.

¿Toda esta gracia sin igual ha de hacernos descuidados? ¡Dios no lo permita! No, solamente es el sentido permanente de ella lo que puede guardarnos conscientes de nuestra responsabilidad santa de juzgar todas las cosas en nosotros, y en nuestros caminos, que sean contrarias a la mente de Cristo. Y no sólo eso, sino que la esperanza del regreso del Señor, si se mantiene brillante y fresco en el corazón, debe purificar, santificar, y elevar nuestro carácter y nuestro curso completos, como ninguna otra cosa puede hacerlo. "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro." (1 Juan 3:3). Es moralmente imposible para cualquiera vivir en la esperanza de ver a su Señor en cualquier momento, y con todo, tener su corazón puesto en las cosas mundanas, en el hacer dinero, en el desenfreno, el placer, la vanidad, la necedad. No nos engañemos a nosotros mismos. Si esperamos diariamente al Hijo de Dios desde el cielo, debemos soltar las cosas del tiempo y del sentido. Podemos sostener la doctrina de la venida del Señor como un mero dogma en el intelecto; podemos tener la extensión entera de la verdad profética delineada delante de los ojos de nuestra mente, sin que ello produzca el más mínimo efecto sobre el corazón, el carácter, o la vida práctica. Pero es completamente otra cosa tener todo el ser moral, la carrera práctica entera, gobernados por la brillante y bienaventurada esperanza de ver a Aquel que nos ha amado, y nos ha lavado de nuestros pecados en Su sangre muy preciosa.

¡Ojalá hubiera más de esto entre nosotros! Se ha de temer que muchos de nosotros hemos perdido la frescura y el poder de nuestra esperanza verdadera y apropiada. La verdad de la venida del Señor ha llegado a ser tan familiar como una mera doctrina, que podemos hablar petulantemente de ella, y discutir varios puntos en conexión con ella, y discutir con las personas acerca de ella, y, durante todo ese tiempo, nuestros caminos, nuestra conducta, nuestro espíritu y nuestro genio, desmienten lo que hemos profesado sostener.

Pero nosotros no seguiremos con este triste y humillante aspecto del tema. Que el Señor pueda considerarnos, y misericordiosamente sane, restaure, y levante nuestras almas. Que Él pueda reavivar en los corazones de todo Su pueblo amado la esperanza cristiana apropiada - la esperanza de ver la estrella resplandeciente de la mañana. Que la expresión del corazón completo y la expresión de la vida completa, sea. "¡Ven, Señor Jesús!" (Apocalipsis 22:20 - VM).

Debemos terminar aquí este escrito, y con él la serie completa de escritos sobre el gran tema que, durante los pocos meses pasados, han ocupado nuestra atención. Hemos abrigado la esperanza de pasar de una parte a otra de las dos epístolas a los Tesalonicenses, acompañados con nuestros lectores, para demostrar e ilustrar la declaración de que la esperanza del regreso del Señor estaba ligada al corazón del apóstol, con todas las

escenas, circunstancias, y asociaciones de la vida cristiana. Pero debemos dejar que el lector haga esto por sí mismo. Nosotros confiamos que se ha dicho lo suficiente para demostrar que la conversión verdadera, conforme a la enseñanza apostólica, no puede dejar de lado la esperanza bienaventurada de la venida del Señor. Una persona verdaderamente convertida es una que se ha vuelto (convertido) de los ídolos - ha roto con el mundo - ha roto con su antiguo yo - se ha vuelto (convertido) a Dios, para hallar en Él, todo lo que posiblemente puede desear para ahora y por los siglos, para servirle a Él, y a Él solamente - y, finalmente, para "esperar de los cielos a su Hijo." (1 Tesalonicenses 1:10). Tal es la respuesta que nosotros concebimos como verdadera y apropiada para responder a la pregunta, '¿Qué es Conversión?'

Lector, ¿eres tú convertido? Si no lo eres, ¿qué entonces? Si lo eres, ¿tu vida lo manifiesta?